BIBLIOTECA UNIVERSAL

LETRAS

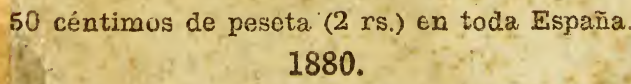
CIENCIAS ARTES

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO LVIII.

ESCRITORAS ESPAÑOLAS
CONTEMPORÁNEAS.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Leganitos, núm. 18, 2.º



50 céntimos de peseta (2 rs.) en toda España.
1880.



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO LVIII.

ESCRITORAS ESPAÑOLAS

CONTEMPORANEAS.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º
1880.



MADRID, 1880.—LITOGRAFÍA É IMPRENTA DE LA
BIBLIOTECA UNIVERSAL,
Calle Real, núm. 1, cuadruplicado.

INTRODUCCION.

Muchos son los hombres que censuran á la mujer escritora; créese generalmente que prescinden por completo de las faenas propias de su sexo, que todo es afectacion en sus maneras y lenguaje y que no pueden labrar la dicha de ningun mortal.

Tal vez haya algunas así, pero por fortuna son la excepcion de la regla y otras conocemos amantes esposas y tiernas madres que no descuidan ni un momento los deberes de su hogar.

La animosidad que hay contra las escritoras existe sólo en España.

En Francia, en Inglaterra, en Italia, en cuantas partes se dedica la mujer á la literatura, es elogiada y respetada con el cariño y la consideracion conque se elogia y se res-

peta al que tiene mérito verdadero. Los mismos que acaso no unirían su suerte á la de una poetisa, por la sola razon de que escribe, tomarían por esposa á la que consagrase su vida á la pintura ó á la música, como si no fuera tan digna de aprecio la que se dedica á la literatura cual la que cultiva cualquiera de las bellas artes, y como si estas tareas no alejasen igualmente de los cuidados del hogar doméstico á la escritora que á la artista.

Jamás ensalzaremos á la que pretenda ejercer algun cargo público, á la que intente usurpar sus derechos al hombre, pero sí alabaremos siempre á la mujer ilustrada, modesta y sencilla que pueda dar la primera enseñanza á sus hijos y la educacion completa á sus hijas.

Si todas tuvieran talento y erudicion para ello no se verían obligadas á enviar al colegio á sus tiernos hijos apénas saben balbucear las primeras palabras, confiando á personas extrañas el cultivo de su corazon y de su inteligencia. Así, no darian perjudiciales amigas á sus hijas, inculcándolas al propio tiempo que las primeras nociones del saber sus sanos y provechosos consejos; así habria niños y niñas todavía.

Personas sensatas é imparciales, aquellas que no niegan á la mujer la ilustracion y el talento, han aplaudido con entusiasmo

sus diversas producciones dramáticas en los teatros, han premiado algunas de sus obras en la Academia, y en los Juegos Florales de Madrid y en varios certámenes literarios de la capital y de provincias, composiciones en verso ó prosa de muchas de las inspiradas autoras cuyos nombres figuran en este tomo.

Hoy se agotan rápidamente las ediciones de las novelas de las unas, hoy dirigen otras con acierto revistas literarias ó de educacion, hoy escriben libros de enseñanza, dramas y poemas, compartiendo con el hombre los triunfos literarios.

La poesía es hija de la civilizacion, á medida que la mujer recibe una educacion más esmerada, el número de escritoras aumenta. La mujer en todas partes, cualquiera que sea su estado y su condicion, puede sentir y pensar como el hombre, pero solo le es dado expresarse en frases poéticas á la mujer ilustrada. Por eso las escritoras son americanas ó europeas. En España son muchas las que se dedican á la literatura; si el número de las colaboradoras de este libro no pasa de treinta, consiste en que varias, entre las que deben contarse algunas catalanas, no escriben en castellano y otras lo hacen solamente en prosa. Las hay de indisputable mérito, pero no es esta ocasion oportuna de ocuparnos de ellas.

No todas las poetisas, cuyas composiciones publicamos, tienen ya un nombre glorioso en el mundo literario, algunas aunque muy pocas, á pesar de ser una hermosa esperanza no son bastante conocidas, pero tengan presente nuestros lectores que el hombre que admira al águila que eleva su vuelo hasta perderse en el espacio, escucha tambien con embeleso el canto melodioso del ave que se oculta en la enramada para entonar sus himnos á la luna ó saludar á la naciente aurora, que el que aspira con delicia el perfume de la rosa tambien anhela aspirar el de la tímida violeta.

Dos de estas poetisas no existen ya. Hace algunos años Concepcion de Estevarena y Blanca de Gassó, de alma noble é inspirada, eran el encanto de los que las conocieron. Rendimos un justo tributo á su memoria publicando algunas poesías de aquellas que se hubiesen alejado para siempre de nosotros, si no pudièramos percibir hoy, como percibimos, las suaves armonías de sus cantos.

No sabiendo á qué composiciones deberíamos dar la preferencia, considerando dignas de alabanza ó de aprecio cuantas el libro encierra, nos ha parecido lo más oportuno publicarlas por el órden alfabético de los apellidos de sus autoras, como se acostumbra á hacer en las obras de este género. De

igual valor son para nosotros los primeros que los últimos versos del tomo. Esperanzas y realidades van en perfecta union en él, pero no somos nosotros, sino el lector, quien debe juzgarlas.

LAS AVES DEL CIELO.

Suave destello que la vida alumbras,
risueña imágen de hermosura extraña,
¿cuál es tu nombre, que saberlo quiero?
«Soy la esperanza.»

. . . .

¿Por qué te alejas de mis turbios ojos?
¿Por qué en el cielo desplegar tus alas?
¿Dónde caminas que saberlo quiero?
«¡Vóyme á mi pátria!»

—

Palma de flores que me enseña el génio,
rayo de fuego que ilumina el alma,
no sé tu nombre, mas saberlo quiero...
«Gloria me llaman.»

. . . .

¿Por qué tu tallo se pobló de espinas?

¿Por qué se nubla tu luciente llama?
¿Por qué me dejas y te vás al cielo?...
«¡Vóyme á mi patria!»

—

Angel celeste de purpúreo brillo,
casta paloma de nevadas alas,
díceme el alma que el amor te nombras...
«Y no te engaña.»

. . . .

¡Oh si la vida detener pudiera
el ténue vuelo de tu lenta marcha!
¡Baja del cielo, que me dejas sola!...
«¡Vóyme á mi pátria!»

—

Blanca azucena del vergel frondoso,
reflejo suave de la luz del alba,
¿eres la sombra que ilusion se dice?
«Soy cual me llamas.»

. . . .

¡No me abandones, que la vida es corta,
y ya entre sombras la existencia vaga!
¡Vuélvete un punto, que la noche llega!
«¡Vóyme á mi patria!»

. . . .
. . . .

¡Todo se aleja del mundano suelo!

¡Todo en la tierra para siempre acaba!
¡Feliz momento cuando el alma diga...
« ¡Vóyme á mi patria! »

CANTARES.

—

A las penas de la vida
no las hagas caso alguno,
que todas se han de acabar
á las puertas del sepulcro.

—

Tengo un árbol en mi huerto
donde un pájaro se para
y allí canta sus amores
porque los aprenda el alma.

Rosario de Acuña de Laiglesia.

LAS LÁGRIMAS.

—

La lágrima que á solas no se vierte
las inquietudes más acerbas calma,
siempre encuentra una frase de consuelo,
siempre una mano ansiosa de enjugarla.

Semejante al rocío que refresca
las flores del amor y la esperanza
que brotaron hermosas, sin espinas,
en lo más hondo del vergel del alma,
ese llanto vertido templar logra
del corazon la pesadumbre amarga,
ese es el llanto que placer ofrece,
esas son las más dulces de las lágrimas.

Pero aquellas que á solas y en silencio
en la sombría noche se derraman,
sin más consuelo que la propia pena,
sin más testigo que la fria almohada,
que como fuego lento ván secando
la flor de la ilusion que se albergaba
en algun corazon amante y puro
que en tristes quejas su dolor no exhala
temiendo que la noche entre sus ecos
lleve el rumor á quien la pena causa,
esas si son las lágrimas que queman,
esas si son las lágrimas que matan.

JULIA DE ASENSI.

EL CASTILLO DE NÁIPES.

Sobre una mesa de tabla lisa
materia fácil á resbalar,

incauto niño, con ánsia y risa,
de náipes quiere castillo alzar.
Agrupa náipes.... temblando mira....
resbala uno.... se tienen tres,
y acerca el cuarto y no respira....
¡cuántos afanes! ¡cuánto interés!
El primer cuerpo ya se levanta;
otro más alto quiere intentar,
y es tal su acierto, su dicha tanta,
que hasta un segundo logra formar.
¡Cómo enamora su infantil gozo!
¡Cómo cautiva tanto candor!
¡No causa al hombre más alborozo
una victoria de fé ó de amor!
Mas ¡ay! que apénas ya la techumbre
al edificio falta añadir,
dando al artícife gran pesadumbre,
un soplo de aire le viene á hundir.
¿Te aflijes, niño? Es justo el duelo,
Tan noble llanto deja correr;
¡era el castillo todo tu anhelo
y es el primero que ves caer!
Mañana, náipes, cuyos colores
pinten creencias, noble ambicion,
sueños de gloria, dichas de amores,
cuanto es del alma rica ilusion,
Tendrás á mano, y el mismo juego,
siendo ya hombre, repetirás
y de tu vida todo el sosiego,
toda la dicha en él pondrás;
Y, como ahora, verás que crece,

que ya te otorgas el parabien,
y cuando casi tu triunfo empiece,
por tierra, en polvo, vendrá tambien;
Y no ese llanto, que á tu despecho
presta consuelo, podrá salir:
mientras te ahogue dentro del pecho,
habrás al mundo de sonreir.

. . . .

Llora, pues, llora, por tu sencillo
rostro ese llanto deja correr,
¡Llora sobre ese frágil castillo....
es el primero que ves caer!

JOAQUINA BALMASEDA.

A MIS ALEGRIAS.

SONETO.

No os busqué me buscásteis, y en mi pecho
Apénas un momento os detuvísteis,
Porque encontrar sin duda lo debísteis
Para vuestro valer, recinto estrecho.
El corazon en lágrimas deshecho
Desde que el bien á conocer le dísteis
No llora el mal que con huir le hicísteis
Llora el que al acercaros le habeis hecho.
Avezado al dolor de aciagos dias

Ignoraba el placer de horas serenas,
Vinísteis, y tan sólo por ser mias
Mostrásteis condiciones tan agenas,
Que tuve al disfrutar mis alegrías,
En conocerlas mis mayores penas.

JOAQUINA BALMASEDA.

LA PRIMAVERA.

Leve gasa azulada y trasparente
se extiende por el cielo vaporosa
y su dorada luz explendorosa
luce el sol magestuoso en el Oriente.
En el césped oscila suavemente
la violeta sencilla y olorosa
unida á la fragante altiva rosa
con placer respirando el puro ambiente.
Blando arrullo de amor y de alegría
expresan con su canto en la pradera
los pájaros en tierna algarabia,
Todo cambia de ser, la térrea esfera
se embellece al influjo que la envia
con soplo halagador la primavera.

MARIA BARAYBAR.

FLORES SECAS.

—

Flores que hermosas un dia
fuísteis protestas de amor
con vuestro vivo color
y vuestra dulce ambrosía:
Sombra triste sois de ayer,
martirio del corazon,
recuerdo de una ilusion
que muerta quedó al nacer.
No pensaron, al cortar
los tallos que os mantenían
que los tiempos que venían
podríais simbolizar.
Mas uno tras otro año
robaron vuestro color,
y emblema fuísteis de amor
y emblema de desengaño.
Si en tal estado arrancais
unas lágrimas tras otras,
no teneis culpa vosotras
del gran dolor que causais.
Blanca rosa que perdiste
tu juventud y tu brillo
ramo de humilde tomillo
que tanta dicha ofreciste;
Puro jazmin, flor preciada
que te llamas *no me olvides*,
y gratos recuerdos pides

á la muerte fatigada.
¿Dónde está vuestra hermosura
que el lábio ardiente besó?
Cómo la fé se extinguió
que representábais pura.
Si el sol con benigno rayo
os volviera vuestro brio,
y os adornara el rocío
en las mañanas de Mayo;
Si otra nueva primavera
os diese un tallo lozano
tal vez punzárais la mano
que á tocaros se atreviera.
Mas ya flores inocentes,
quedásteis sin hermosura,
y no habrá una brisa pura
que acaricie vuestras frentes;
Ni seréis emblema fiel
del amor que vive eterno,
siempre dulce, siempre tierno,
puro siempre, no cruel.
¡Ay, flores! quizás la suerte
aún con más ceño os aguarda
cuando la mano que os guarda
helada esté por la muerte.
Pues si os quieren arrojar
en alas del rudo viento,
no podreis un pensamiento
ni un recuerdo despertar.

Eulalia Bautista y Patier.

BRUMA Y SOL.

—

Sobre un fondo de azul desvanecido
El sol, cual hostia de oro trasparente,
Se inclinaba, de rayos desceñido
A ocultarse en los mares de Occidente.
Leda brisa agitaba rumorosa
La niebla que del mar se desprendia
Y al llegar ante el sol, de nieve y rosa
Con reflejos fugaces se teñía.
El disco ardiente sin fulgor ni brillo
En la flotante bruma se ocultaba,
Y al arrollarla el viento, en su amarillo
Color, cintas de nácar perfilaba.
Era un juego gentil: cual soberano
Que desciende un instante de su trono
Y deja que el humilde cortesano
Hable con él en plácido abandono.
El sol, cansado de brillar potente
En su trono de luz, se abandonaba
Al juego de la bruma trasparente
Que su foco vivísimo empañaba.
Y nada más gallardo que aquel juego;
Cual gasa leve la neblina undosa
En su corona de brillante fuego
Se enredaba atrevida y caprichosa.
Y tomaba unas formas tan extrañas

Tan bellas, tan sutiles, tan ligeras
Cual la sombra ideal de las montañas,
Que pueblan el país de las quimeras.
Al ondular, cual sombra fugitiva
Que cambia al más ligero movimiento,
Iba haciendo cambiar la perspectiva
De aquel paisaje de la luz y el viento...
Ora se condensaba en los extremos
De aquel círculo de oro enrojecido
Y fingia el impulso de unos remos
En un bajel del cielo suspendido.
Ya se plegaba cual ligero encaje
Y semejaba ante la dulce llama
Más que la orla movible de un celaje
Un velo sobre el rostro de una dama.
Ya recortando con cincel seguro
Las líneas de aquel óvalo dorado
Le daba al disiparlas en lo oscuro
La forma de un escudo acuartelado.
Ya palmas blanquecinas extendia
Sobre un fondo de fuego sin reflejos
Simulando brillante argentería
Que retrataba el mar en sus espejos.
Ya condensando su vapor, que apénas
Formaba un surco grís vago y sombrío,
Semejaba en el aire las cadenas
De una lámpara ardiendo en el vacío.
O bien, si al ondular se recogian
Los flotantes girones, se agrupaban
Y un altar caprichoso parecian
Del ídolo de luz que sustentaban.

Y dispersos despues al movimiento
De la brisa, tan dulce y tan sonoro,
Eran sobre el azul del firmamento
Flores de nieve en búcaro de oro...
Cuando más variedad y más belleza
Daba á sus juegos ante el sol la bruma,
Tocó éste la onda azul con su cabeza
Y su frente de luz besó la espuma.
El mar se iluminó: sus olas bellas
Reflejaron magníficos fulgores
Y el infinito azul, si no de estrellas
Se esmaltó con guirnaldas de colores.
Lentamente del globo de topacio
Que se hundia en el agua iluminada
Sólo quedó una línea en el espacio
Cada vez más estrecha, y luego nada!...
La bruma se agitó cual si quisiera
Seguir aquella luz que se extinguia,
Aún brilló con las luces de la esfera
Y deshecha flotó pálida y fria.
Que ya se desplegaba en el Oriente
Cual ámplio manto descogido el broche
Esa oscura neblina trasparente
Que precede á la sombra de la noche.
Y al perderse la luz quedó perdida
La galana belleza de la bruma
Pues, lo que vive con prestada vida
Tiene la consistencia de la espuma.

PATROCINIO DE BIEDMA.

A LA CARIDAD.

—

Hermosa flor del cielo,
Astro brillante, cuya luz divina
Desciende á nuestro suelo,
Y la senda ilumina
Por la que el hombre hácia su Dios camina.
Tu orígen es bendito,
Porque un Dios sabio, bueno, lo ha formado,
En tí nos dejó escrito
Aquel grande dictado
Del nuevo mandamiento que ha enseñado.
Para ensalzar tu nombre,
Un ejemplo de amor creyó preciso;
Y por salvar al hombre,
Ser la víctima quiso,
Para abrir de ese modo el Paraiso.
Quién, pues, Caridad santa,
La excelsitud de tu poder no adora?
¿Quién tu gloria no canta,
Y quién sus males llora,
Cuando en tí mil consuelos atesora?
Tú brillas con pureza
Ante el régio dosel del soberano:
En medio su grandeza,
Tiende al pobre la mano,
Y cual hijo de Dios, le llama hermano.
De tu amor inundado,

El hombre poderoso y opulento
Es por tu luz guiado
A llevar el contento
Al triste que implorando va el sustento.
  De su alcázar desciende
A la humilde cabaña del mendigo,
Sus lágrimas atiende,
Y cual sincero amigo,
Afanoso le ofrece pan y abrigo.
  Tú levantas la frente
Del huérfano infeliz en su existencia;
Generosa, clemente,
Borras con tu influencia
El fatídico sello de indigencia.
  Es, ¡oh caridad bella!
Tu destino el más grande, más sublime,
Cuando tu santa huella
A la jóven redime,
Que en el cieno del vicio acaso gime.
  El anciano que mira
Su cabeza inclinada por el duelo,
Más dichoso respira
Y recobra consuelo,
Si tú á su lado estás, hija del cielo.
  Prosigue cariñosa
En la tierra sembrando tu amor santo,
No dejes fervorosa
De enjugar nuestro llanto
Con los pliegues inmensos de tu manto.
  Cubre con gozo tierno
La humanidad entera con tus alas;

Elévese al Eterno
El incienso que exhalas,
Cuando en amor el hombre á Dios igualas.
  Y esas lágrimas puras
Que brota un corazon agradecido,
Serán perlas seguras,
Que al cielo habrán subido
A esmaltar un asiento preferido.
  Y harán más explendente
Ese premio inmortal que Dios abona
Al que justo, clemente,
Alcanza la corona
Que tendrá quien al pobre no abandona.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

EL OTOÑO.

I.

Densas y plomizas nubes
Van cruzando el horizonte,
Sobre la cima del monte
Ya no brilla ardiente sol,
Y anunciando el nuevo dia,
En vez de celajes bellos
Se ven débiles destellos
De un indeciso arrebol.

El árbol ántes vestido

Con su frondoso ramaje
Va sacudiendo el follaje
De amarillento color;
Los vergeles no renacen
Por benéfico rocío
Y al soplo de cierzo impío
Cierra su broche la flor.

Doliente la golondrina
El nido de su amor deja
Y hácia otros climas se aleja
Cruzando veloz el mar;
Pues bajo un cielo bendito
Que lanza un sol que no muere,
En nuevos pensiles quiere
Su tierno canto elevar.

¡Ah! ¿Por qué el alma se inunda
De amarga melancolía
Con la dulce poesía
De la estacion otoñal?
Es que invadiendo la mente
Para ahogar fugaces glorias
Vienen pasadas memorias
Con su dominio fatal.

II.

De nuevo tornará un dia
En que un sol puro, esplendente,

Lanzará su luz ardiente
Entre franjas de oro y túl;
Y en los rosados albores
De poéticos celajes
Hornarán leves encajes
De la aurora el limpio azul.

Sobre un suelo de esmeralda,
Brotarán flores á miles
Impregnarán los pensiles
De aroma el aura sutíl
Y rica de nuevas galas
Se ostentará la natura,
En la risueña espesura
De la arboleda gentil.

En el albergue apacible
De los sombríos pinares,
Entonará sus cantares
El gilguero trinador;
Y salvando en raudo vuelo
La azul extension marina
Volverá la golondrina
Hácia el nido de su amor.

III.

¡Ah! La dulce primavera
Que en la aurora de la vida
Marca la senda florida

Que conduce á un bello edén;
Aquella edad sonriente
Que en perspectivas hermosas
Nos brinda un lecho de rosas
Donde apoyar nuestra sien.

Aquel bello torbellino
Que dá engarzados en flores,
Gratos delirios y amores,
Sueños de eterno placer;
Esos años que atesoran
Cuanto bien acá es posible,
Pasan por ley infalible,
Y huyen para no volver.

Y llega el hombre á su otoño
Sin que esos dias renazcan
Ni nuevas quimeras nazcan
En su yerto corazon;
Que al través de sus recuerdos
Lanza una triste mirada
Sobre la urna dorada
De su postrera ilusion.

Por eso al morir las flores
Se acrecienta mi amargura,
Al comtemplar la natura
Sin las galas que ostentó,
Que segun ya mustio el árbol
Va arrojando hoja tras hoja,

Así el alma se despoja
De los ensueños que amó.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

A UN POETA DEL PORVENIR.

—

No has nacido á la luz mas yo te amo;
Espíritu que aún flota en el abismo,
Yo tu futuro corazon reclamo
Cuando no tienes sér para tí mismo.
No á la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fé de mi pasion te busca.
¿La nada he dicho?—no: el sér que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiracion recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.
¿Qué importa si fué ayer ó si es mañana,
Si naciste despues, ó si antes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
Ó en espíritu sólo te mantienes?
Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro,
Y tú, génio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creacion otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.
Tal vez de nuevo, tú, serás Homero
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás á visitar nuestro planeta.
Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo trasformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio á cantar nos ha impulsado.
Tal vez mi propio sér, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por tí siento,
Son chispa de tu génio desprendida
que al mundo arrojas para darme aliento.
Tal vez como la pálida alborada
Precursora del ástro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.
Tal vez entre tinieblas descendiendo
A la mente sedienta de armonía,
En implacable sér estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mia.
Tal vez voy á morir, oruga inerte
Que en ciega cárcel sepultó sus galas
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.
Y aún hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
Y de los valles en el césped blando

Junto á las fuentes hallarás mis huellas.
Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sones graves
Te contará el rigor de mi fortuna.
Y «¿por qué—me dirás—por qué sufriste
» Alma sensible para el bien nacida,
» Por qué tu musa solitaria y triste
» No cantó los placeres de la vida?»
» ¿Quién eres tú, que con audacia extraña
» Rasgando al porvenir el negro velo,
» Desciendes del abismo hasta la entraña
» Para buscarme en tu amoroso anhelo?
» ¿Quién fuiste tú, del siglo trascurrido
» Vaga memoria, evocacion doliente,
» Que luchas con las sombras del olvido
» Para llegar cual rayo hasta mi mente?»
—¿Quién fuí, quién soy?—El eco de este can-
Del infortunio la viviente queja, [to,
De la afligida humanidad el llanto,
El adios de la musa que se aleja.
La negra prensa, la moderna lira
Mi libro amante llevará á tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.
Mi voz ingénua cantará á tu oido
De nuestro siglo la infernal locura,
Y del alma sabrás cuanto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.
Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como á la muerte al reo,

Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo.
 Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar despues bajo su cumbre.
 Los que en el fondo de insondados mares
Políglotas serpientes extendimos,
Los que á la industria consagrando altares,
Del mar rojo los límites rompimos.
 Los que á Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpétuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones.
 Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas,
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.
 Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.
 Y ráfaga de luz en noche umbría
Tu mente penetrando en lo pasado
Al ver la gloria bajo planta impía
Nos llamarás con grito desolado.
 Y en vano clamarás.—Rudos silbidos,
Hierros que crugen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
A todas horas cruzarán la tierra.
 Rugiendo con fragor la rueda infame

Que mil guerreros á traicion sepulta,
Cuando el honor á combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.
Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañon perece,
Y el cañon de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...
Mas ¿por qué has de nacer? Que gire el mundo
Sin la luz inmortal de la poesía,
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.
Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el génio cante:
¡No temais del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

CAROLINA CORONADO.

A LA INMACULADA CONCEPCION.

ODA.

I.

Cuando en los valles del Eden perdido
Huyendo la justicia
De su Dios y Señor, Adan culpable
Temblando se escondia,
Y Eva, cubierta de rubor la frente
Y llanto las mejillas,

Con amargos suspiros deploraba
Su inocencia perdida,
La voz del Hacedor omnipotente
Vibró con justa ira;
Y Eva y Adan, los cielos y la tierra,
Temblaron al oirla.
«Si una mujer, les dijo, ha sido causa
De la humana ruina,
De otra mujer el fruto bendecido
Será quien la redima,»
«Asechanzas de muerte y de pecado
La serpiente maligna
Estenderá á sus piés, mas ella siendo
En gracia concebida,»
«Triunfante de Luzbel, llena de gloria,
Inocente y divina,
Hollará con su planta delicada
Su cabeza maldita.»
Así dijo el Señor: y nuestros padres
En su horrible agonía
Vieron entre las sombras de la muerte,
La estrella de la vida.
Sus hijos en pecado concebidos
Si heredaron desdichas,
Heredaron tambien las esperanzas
De la mujer bendita.
En sus arpas de oro los profetas
Con dulces armonías
Celebraron sus castas perfecciones
Y santas maravillas.
Y las generaciones aguardaron

La hora de su venida,
Para elevar al cielo, perdonadas,
Sus frentes abatidas.

II.

¿Quién eres, blanca flor llena de aroma,
Que en la floresta umbría
Del mundo te presentas, y radiante
Por tu pureza brillas?
¿Azucena sin mancha, cuyas hojas
Son páginas escritas
Del poder y grandeza del Eterno
Con su adorada hija?
De la region de luz vienes al mundo
Para darle alegría:
Paloma que en el árbol de la muerte
Halló frutos de vida.
¿Quién eres dí; purísima y hermosa
Dulce Vírgen María
Para ser á la faz del mundo entero
Tan sólo tú elegida?
La luna de escabel sirve á tu planta,
Tu frente sin mancilla
Las estrellas coronan, y con rayos
Del sol eres vestida.
Espejo en cuya luna inmaculada
La trinidad se mira;
Aroma de suave perfumero
Que el mundo purifica.

¿Quién eres? El consuelo de los hombres,
El iris de la vida,
Sello de paz entre el mortal culpable
Y la eternal justicia.
Misterio de las glorias del Eterno
Tu Concepcion divina,
Inmaculada fué, y ha sido sola
En la humana familia,
Para ser del Señor de los Señores
La predilecta hija
Y del verbo divino y humanado
Vírgen y madre digna
Del Espíritu-Santo dulce esposa,
Compañera querida,
¿Quien puede tus grandezas y virtudes
Cantar, Vírgen María?
Tú fuiste del Eterno dulce encanto
Y estabas concebida
En su mente creadora mucho ántes
Que al mundo diese vida.
Tú lo dices ¡oh Madre! «Los abismos
Del mundo no existian
Ni habia montes, ni valles, ni collados,
Y estaba yo nacida.»
Cuando el espacio azul del claro cielo
Brillante se extendia
Y á los mares su límite de arena
Marcaba con ley fija.»
«Cuando la tierra vírgen se adornaba
De fuentes y colinas,
Y con preciosas y aromadas flores

Los campos se vestian,
«Con El estaba yo, y ante sus ojos
Como cándida niña
Gozaba en la creacion del Universo
Inocentes delicias.»

III.

¡Concepcion de mi madre inmaculada!
¡De pureza infinita!
¿Por qué desde el principio de los siglos
Das al infierno envidia?
¿Por qué de la serpiente del pecado
La lengua maldecida
Contra tí, dulce Vírgen inocente,
Eternos rayos vibra?
Mas ¿qué importa su saña si triunfante
De su infernal malicia
Siempre pura dominas su miseria,
Y su soberbia humillas?
Como pasan las nubes por el cielo
Aladas fugitivas,
O como el huracan de Otoño lleva
Las hojas ya marchitas;
Así pasan los siglos, y tu nombre
Que á los siglos domina,
Llena de luz y de explendor y gloria
Las almas que te admiran.
¡Tu España, dulce madre es tu cercado
Y tu heredad querida,

Que el árbol de la fé se extienda en ella
Con rica lozanía!
Que de un extremo al otro, en todo el mundo
Las almas te bendigan,
Porque fué de la culpa preservada
Tu Concepcion purísima,
Como la fresca gota de rocío
En la flor peregrina,
Y como blanca perla nacarada
En su concha escogida.
¡Reina del cielo y tierra, Tú que al lado
Del Sér supremo brillas,
Para ser el amparo de los hombres
Y el iris de su dicha!
Concédenos que al fin de una carrera
Tan sembrada de espinas,
Celebremos tus glorias en el cielo,
Oh dulce Madre mia!

ISABEL CHEIX.

DESPUES DE LA LLUVIA.

Se abrió tu mano y descendió el rocío:
¡Gracias, oh Dios, mil veces!
¿Dudará ya de tí ciego el impío
De tí, que previsor el bien le ofreces?
Borró de la aridez la infausta huella

Cayendo el agua pura:
La abundancia vendrá; vendrá con ella
El consuelo, y la paz, y la ventura.
Huyan del corazon negros temores,
Renazca la esperanza,
Que su manto de frutos y de flores
Ya nos muestra la tierra en lontananza.
Ya sin verdor el toro enflaquecido
No hallará los oteros,
Ni gemirán con lánguido balido
Trás sus hambrientas madres los corderos.
Del hondo valle en la tupida alfombra
Miel tendrán las abejas,
Y nido encontrará de grata sombra
El ruiseñor donde exhalar sus quejas.
Para todos el bien. Del rico Mayo
Vendrán auras amigas,
Que agitarán en plácido desmayo
Con armónico son mares de espigas.
Brindarán en Octubre su tesoro
Olivos seculares,
Llenas las trojes se verán de oro,
Colmados de racimos los lagares.
Señor, el velo de tristeza y luto,
Que al mundo oscurecía,
Cual niebla disipóse, y en tributo
Himnos de amor la humanidad te envía.
Que áun el que osado tu grandeza niega
Y á tí su faz no alza,
En el noble placer á que se entrega
Tu providencia, á su pesar, ensalza.

Ostenta tu poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el rio,
Los insectos, las fieras y las aves.
Al coro universal, fieles, juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos:
«¡Gloria, gloria al Creador, tres veces santo!»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

AL DESPERTAR.

Cuando aún diciendo la postrer plegaria
que en mis convulsos labios cortó el sueño,
con la primera lágrima en los ojos
contra mi voluntad, yo me despierto;
cual si esperase mi primer mirada
y recogiese mi primer aliento,
hallo enfrente de mí, la cruz humilde
dulce memoria de mejores tiempos:
hallo una cruz pequeña y enlutada
que de mi madre protegiera el lecho,
la que guarda tal vez para mí sola
su mirada de amor, su último beso.
Pobre y querida cruz, á cuya vista
con más amor la redencion venero
y pienso más en Dios, que en lo más grande

me hace siempre pensar lo más pequeño.
La tumba abrióse ya de mi alegría
y en ella va á llorar mi pensamiento.
La patria de mi amor está desierta,
pero poblada está con mis recuerdos.
¡Oh! qué grato es dormir, pasar las horas
sin ansias, sin temores, sin deseos,
en un sueño tenáz, sordo, profundo,
sin placer ni dolor, como el eterno.
Con cuánta languidez siento que lanza
mi inteligencia el último reflejo
á punto de dormirme, y como entónces,
en Dios, en la virtud, en el bien pienso.
Mas la calma del sueño se deshace
y otra vez á vivir con pena vuelvo:
mis ojos que no ven séres que amaron
otra vez á la luz se hallan abiertos.
Cruz santa que serviste á mis mayores
de fiel custodia y de sagrado templo,
yo miro qne te halaga y te rodea
un rayo de la luz que va naciendo,
y que algo escribe en tí con formas vagas,
algo que entiendo al fin, algo que es esto:
dichoso aquel que aunque su cruz le pese
no se llama su cruz remordimiento.

Concepcion de Estevarena.

EL DIA DEL SEÑOR.

—

El que coma este pan vivirá eternamente.

(Evangelio de San Juan.)

Arda el incienso en pebeteros de oro,
El órgano sonoro
Inunde el templo santo de armonía;
De blanca cera luces á millares
Brillen en los altares:
Las calles y las plazas
Adórnense con púrpura y con flores:
Muestre el sol sus más bellos resplandores.
Cúbranse cielo y tierra de alegría;
Que hoy sale del santuario
Donde por nuestro amor vive en la tierra
En el recinto estrecho del Sagrario
Entre místicos velos escondido,
Porque no nos deslumbran sus fulgores,
El excelso Señor de los Señores;
Cuyo trono en los orbes tiene asiento,
El que anima los mundos con su aliento.

Venid, niñas hermosas,
Coronada de flores la alba frente:
Venid, puras doncellas,
Gozosa el alma, el labio sonriente.

Venid, castas esposas
Trayendo en vuestros brazos, amorosas
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid á saludar al Dios clemente,
Al más hermoso amor de los amores,
Al que es de cielo y tierra Omnipotente;
Que entre místicos velos vá escondido
Porque no nos deslumbren sus fulgores.

Acuda el tierno niño, el varon grave,
El imberbe mancebo;
Y si el alma turbada
No llega á penetrar ni explicar sabe
El misterio que tiene ante sus ojos,
Postrándose de hinojos
Reconozca que el hombre es polvo, nada.
Los misterios de Dios Omnipotente
En su infinita inexplicable altura,
Aunque soberbia alguna vez lo intente
Jamás podrá alcanzar la criatura.

«De aquí no pasareis:» dijo á los mares,
Y en vano con su ciencia
El hombre intentará romper los diques
Que al mar tragó de Dios la omnipotencia.
Así cual puso dique al mar potente
Límites dió á la humana inteligencia.

El sol que dá á los mundos luz y vida,
La luna y las estrellas,

Celestes luminares
Que brillan á millares
En el espacio inmenso de los cielos,
Misterios son, sublime maravilla
Que sólo Dios tan bella formar pudo,
Ante cuya grandeza
Se admira el hombre rudo
Y el sábio de su ciencia envanecido
Enmudece y se humilla,
E inclina la cabeza
Diciendo con acento dolorido:
¡Toda una vida en estudiar gastada
Para saber al fin, que no sé nada!...

Más que el sabio, dichosa
El alma venturosa
Que tiene fé, y espera
Dice humilde: «¡Señor, yo no te veo;
Mas la tierra y los mares
Y esos explendorosos luminares
Que en la celeste esfera
Brillar hermosos veo,
Libros son en que está tu gloria escrita;
Yo los miro y los leo,
Otras pruebas mi fé no necesita:
¡Te bendigo, Señor, tu nombre creo!»

Como el sol que se oculta entre las nubes,
En el sagrado templo
En estrecho recinto,
Oculto, Jesus mio, te contemplo;

Mas aunque allí te escondes,
Al alma que te busca fervorosa
Como padre amoroso la respondes.
Si la vista mortal no puede verte,
Puede el alma elevarse á contemplarte;
Que tu bondad inmensa en ella vierte
Al conocer su anhelo
Tan clara luz, que al fin logra mirarte,
Gozando en este suelo
La dicha de los justos en el cielo.

En el sagrado cáliz
El bálsamo se encierra prodigioso
Que las profundas llagas cicatriza
Del corazon herido:
Allí el maná sabroso
La cristalina y abundosa fuente
Donde el alma doliente
Que vá por este mundo peregrina
Con hambre y sed de un bien desconocido,
Bien que no puede hallar más le adivina,
Allí todo su anhelo halla cumplido.

La belleza de Dios incomparable
El alma vé, y se anega
En un mar de delicias inefable.
Ama, y en este amor goza y se abisma
Olvidada del mundo y de sí misma.
A expresar su ventura
Nunca la humana lengua se atreviera
Que fuera para hacerlo pobre y dura.

Sólo un ángel pudiera
En divinos conceptos
De inefable dulzura,
En el cielo aprendidos,
Expresar estos goces bendecidos.

¡Oh mi dulce Jesus! ¡Padre amoroso!
El que no logra hallarte
Es que tal vez soberbio y orgulloso
No pretendió buscarte;
Que si amante y humilde te buscara
¡Oh mi dulce Jesús, él te encontrára!

Venid, niñas hermosas,
Venid, puras doncellas,
Y vosotras tambien, castas esposas,
Trayendo en vuestros brazos amorosas
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid con alma pura
A saludar al celestial esposo
Que nos dice piadoso:
« Yo soy camino de verdad y vida;
El alma que me sigue fervorosa
Nunca en tinieblas se verá perdida. »
Con un manjar divino
Amante nos convida:
Gustando el alma este manjar precioso
Gozará eterna vida.

¡Ya asoma del gran dia la alborada!...

Brille el sol más que nunca explendoroso:
Venid, cual tierna esposa enamorada,
Coronada de flores,
A saludar al celestial esposo,
El alma de virtudes adornada,
Cantando mil loores
Al más hermoso amor de los amores.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

MEDITACION.

En el solitario monte
de la noche en el misterio,
sentada en la dura roca
que presta descanso al cuerpo,
leve apoyo en la rodilla
hallando el brazo derecho,
y la cansada cabeza
sobre la mano cayendo,
siento agitarse en mi alma
un mundo de sentimiento
que crece, que alienta y vive,
y que hace soñar despierto.
A mis piés gigantes árboles
con suave movimiento,
se agitan cual mar tranquila
que arrulla mis gratos sueños.

Ténues cual la luz del alba
y velados por el tiempo,
pasar veo ante mis ojos
de mi vida los recuerdos,
imágenes que sonrien
y se van desvaneciendo
sin que llegue á turbar una
de mi conciencia el sosiego.
Lejanos se oyen del mundo
vagos, misteriosos ecos,
que á mí llegan confundidos
cual tristísimo concierto
de suspiros y canciones,
de risa y de llanto á un tiempo.
Mi espíritu vaga errante
cual desamparado ciego,
quiere recobrar su vista
y entre sombras vuela incierto,
ya gira triste en la tierra,
ya se alza amante hasta el cielo;
y ni el cielo ni la tierra
calman su constante anhelo,
que para la tierra es grande
y para el cielo... es pequeño.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

LA POESÍA.

—

La poesía es árbol
que llena el mundo;
su flor inútil la deshoja el tiempo,
y eternos son sus provechosos frutos.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTÍZ.

NUESTROS NOMBRES.

—

En una tarde de estío
nuestros nombres escribí
en la arena junto al rio,
tu estabas al lado mio,
yo siempre cerca de tí.

—

Esos nombres que has trazado,
dijiste, recordarán
el amor que hemos jurado;
cual ahí los has grabado
en nuestras almas están.

—

Alcé la frente serena
y en tu brazo reclinada
dejé aquel sitio sin pena,
no pensando que es la arena
por el viento arrebatada.

—

Volví en la tarde siguiente
nuestros nombres á buscar,
uno encontré solamente,
el otro fué en la corriente
¡sabe Dios dónde á parar!

—

El nombre que se borró
por agua y viento deshecho
era el mio, el que quedó
el tuyo, que se grabó
más que en la arena en mi pecho.

—

Despues el agua inclemente
borrar tu nombre intentó,
y al ver mi dolor ferviente
variando su corriente
compasiva se alejó.

—

Hoy al mirarte pasar

indiferente á mi lado,
te quisiera preguntar,
cómo has podido borrar
el amor que me has jurado.

—

Tras la perdida ilusion
reina en mi alma la pena,
llanto vierte el corazon
viendo que fué tu pasion
como mi nombre en la arena.

GRACIELLA.

EL INVIERNO DE LA VIDA.

A CELESTINA.

¡Cuando te ví era ayer!... La primavera
Vestía de esmeraldas
Y olorosas guirnaldas,
El escarpado monte y la pradera
Y *amor* con eco blando
Iban aves y fuentes murmurando.
Hoy, segada la miés, en campos de oro
Trocáronse los prados,
Los frutos regalados
Penden del árbol, y el alegre coro,
Que amor cantaba un dia,

Tan solo atiende á su naciente cria.
Mañana... !Oh dulce amiga, ese mañana
Que tan bello se muestra,
Al que entra en la palestra
Coronada la sien de flor temprana,
Parece hórrido y frio
Al pisar los linderos del estío.
¡Mañana ni una flor habrá en los prados!
¡Ni una yerba aromosa
Se ostentará orgullosa
En los montes de nieves coronados,
Do insectos y avecillas
No cantarán de Dios las maravillas!
¡Nieve do quier! Do quier escarcha y nieve!
Pálido sol persiste
En reavivar al triste
Arbol, que el cierzo sin cesar conmueve,
Mas ¡ay! que hoja por hoja
De su expléndido manto le despoja.
¡Silencio y soledad!... Pájaro errante
Cruza con vuelo incierto
Por el confin desierto,
O á lo léjos, anciano vacilante
Se vé, que tardo hacina
Las secas ramas que al hogar destina.
¡Hé aquí el invierno lúgubre y sombrío!
Hé aquí el triste mañana,
Que á primavera ufana
Sigue por dura ley... ¿Y cuál, Dios mio,
Cuál será, pues, el nuestro
Limitado por túmulo siniestro?

Mas ¿cómo hermana? Su semilla esconde
Bajo la nieve el trigo,
El árbol busca abrigo
A su raiz, y el insectillo donde
Su crisálida hermosa
Ocultar á la muerte desastrosa.
Y sólo el hombre, él sólo en podredumbre
Quiere trocarse aleve?...
¡Oh quién! ¡oh quién se atreve
A derribarle así de la alta cumbre,
Do al precio de sí mismo,
Plugo elevarlo al Dios del cristianismo!
¿No lo crees, verdad? No, no: Quien siente
Esta ardorosa llama
Que el corazon le inflama,
Que eleva al cielo su intranquila mente,
Sabe que huesa inmunda
Es quien su gérmen celestial fecunda.
Sí, sí: lo sé... ¡lo siento!... Me lo dice
Este afanar tan loco
Que el mundo tiene en poco.
Este gemir del ánima infelice,
Este amor cuyo centro
Busco por todo el orbe y no le encuentro.
Mas al volver la mística paloma
Al arca sacrosanta,
Con su pico levanta
Ramo de oliva que entre el musgo asoma,
¿Y el alma por tributo
No llevará á su Dios preciado fruto?
Tú más feliz que yo... tú, dulce hermana,

Al regreso dichoso,
Dirás al juez piadoso:
«Hubo en la tierra un hombre á quien ufana
Consagré mi fé pura
Amándole con férvida ternura.
Le hice feliz, señor: velé su sueño,
Mitigué sus dolores:
Con bálsamo de amores
Conjuré de la suerte el torvo ceño:
¡Mira mi copa hermosa
Cual hasta el borde con su bien rebosa!
Y sonarán mil cantos de alegría
En la mansion serena:
Que esto Dios nos ordena:
Amar sin tregua; amar, hermana mia,
Cual los querubes aman
Que en el foco eternal de amor se inflaman.
Dichosa tú... ¡dichosa!...Mas mi pecho,
Hermana, tú lo sabes
Que de él tienes las llaves,
Jamás á tierna compasion fué estrecho
Y al lloroso, al doliente,
A Dios y á la creacion amó ferviente.
¿Qué importa, pues, que airado el cierzo ruja?
Venga el invierno umbrío
Con su hórrido atavío
Que negra sombra en el confin dibuja;
Venga en buen hora ufano
Y esgrima su segur con férrea mano.
Que si él de plata mi cabello engasta,
Para vencer su hielo

Fuego me ha dado el cielo
Y con el fuego de mi amor me basta;
¡Que á su luz portentosa
La caduca vejez parece hermosa!
  Buscando del amor las flores bellas
Crucemos el desierto;
La muerte es dulce puerto,
Porque tras esas fúlgidas estrellas
Que el espacio iluminan,
Hay primaveras que jamás terminan.

ANGELA GRASSI.

SUEÑOS.

—

EN MI HUERTO.

  Cuando en la tarde callada,
Amengua el sol sus fulgores,
Y la brisa perfumada,
Jugueteando en la enramada,
Balancea hojas y flores.
  Mirar como muere el dia
Me place, en tranquila calma,
Y escuchar la poesía
De esa sentida armonía
Que habla, sin voces, al alma.



Allí en la sombra escondida,
Como Pablo, de una higuera,
Prestándoles forma y vida,
Cruzan mi mente abatida
Una tras otra quimera.
Mirando mústias caer
Las flores de los rosales,
Que el alba viera nacer,
Y que mueren para ser
A mis venturas iguales.
Tanto irrealizable sueño
Forja mi cabeza loca
Que juzga que es en su empeño,
Para ellos la tierra poca,
Y hasta el espacio pequeño.
Sueños que en rápido vuelo
Huyen, cual leve vapor,
Y que comparo en mi anhelo
A esas nubes sin color
Que, á veces, cruzan el cielo.
Y mirando, sin ver nada,
Vaga mi errante mirada...
Y del ameno vergel
Se detiene, fatigada,
En un frondoso laurel.
De forma, entónces, se viste
Esa quimera ilusoria
Que forjara mi alma triste;
Era... un algo que no existe...
Y ya es un sueño de gloria.
De laurel es la corona,

Pienso, que el saber abona,
Ella la victoria aclama
Del génio, mientras la fama
Por el mundo la pregona.
¡Cuán bello será alcanzar
Ese lauro apetecido,
Y tras de breve luchar,
La batalla recordar,
Ya sin temor al olvido!
Mas ¿qué importa que reñida
Sea esa lucha? ¡Tambien
El premio á luchar convida!...
No dudes... ya el miedo olvida...
¡Busca uno para tu sien!
Grita, en loco frenesí,
Acallando la razon,
Mi alma; y en tal confusion
Se alza otra voz ¡ay de mí!
Salida del corazon.
»Sólo—dice—en torno ves
Esa quimera á que aspiras,
¡Oh! ¿tan ciego tu afan es
Que, junto al laurel no miras
Fúnebre alzarse un ciprés?
»El te dice, en mudo acento,
Cual la gloria se derrumba,
Fulgor que dura un momento...
¡Vá tras ella el pensamiento
Y ántes encuentra la tumba!
»Cese la loca porfia
De tu enferma fantasía,

Sigue tu oculto camino,
¡Sea la humildad tu guia
Porque humilde es tu destino!»
Del corazon á este ruego
Cede el alma; mas como arde
En ella, voraz el fuego
De la ambicion, calla, y luego
Va murmurando ¡cobarde!
¿Qué importa que, en triste suerte,
Yendo de la glcria en pos,
Se encuentre al paso la muerte?
¡Si el hombre su afan no advierte
Lo escribe en el cielo Dios!
Sigue, sigue, pensamiento,
Que si es la vida un momento,
Que si un soplo la derrumba,
¡Bendito sea el tormento
Que dá un laurel á la tumba!

. . . .
. . . .

Y al cerrar la flor su broche,
Que al primer albor incierto
De la mañana hubo abierto,
Envuelve en sombras la noche
Los árboles de mi huerto.
Y desparece aquel sueño
Que hallaba la tierra poca...

. . . .
. . . .

¡Y en vano, en unir me empeño

Un corazon tan pequeño,
Y una cabeza tan loca!...

SUSANA LACASA.

MARIA INMACULADA.

—

Angel de la pureza, de tu aliento
Manda un suspiro á mi profano labio.
Génio de la armonía, á quien acento
Dá el sumo Dios omnipotente y sabio;
Tú, que á los piés de su divino asiento
Su nombre cantas sin hacerle agravio;
Tú que prestas su dulce melodía
Al ave errante que saluda al dia.
Tú, que del mar sobre las turbias ondas
Los anchos senos con tu voz halagas
Y de la selva en las espesas frondas
De auras y vientos el suspiro apagas:
Tú, que entre nubes de celestes blondas
Los aires cruzas y en el éter vagas;
Dame tu voz purísima y sencilla
Y cantaré á la Vírgen sin mancilla.
Que es tanta y tanta la inmortal pureza
De su nombre divino y soberano,
Que al adorar el cielo su grandeza
Del poder de su Dios mide el arcano;
Decir no puede su sin par belleza

En su pobre lenguaje el lábio humano;
Que cielo y tierra ante sus piés postrada
La aclaman sin cesar ¡Inmaculada!
Y así la llaman en la zona ardiente
Do el sol sin nubes poderoso brilla;
Y así la aclaman con piedad ferviente
Del hondo mar en la apartada orilla;
Al eco de su nombre omnipotente
Dobla el hombre asombrado la rodilla
Del Africa abrasada en las regiones,
Al salvaje rugir de los leones.
Y en los extensos bosques de Oceanía,
Do lanza el sol su rayo postrimero
Salve, gritan doquier, *Salve, María*,
Respondiendo á la voz del misionero
Y al despuntar en el Oriente el dia,
Y cuando brilla trémulo el lucero,
De Thimor el salvaje, su plegaria
Alza en la vírgen selva solitaria.
Y del Asia magnífica en los lares,
Que dulce el ámbar sin cesar perfuma,
La invocan entre plácidos cantares
Que lleva el viento en la perdida bruma.
Y si al soplo de Dios hierven los mares
Alzando montes de agitada espuma,
El náufrago repite en su agonía
El purísimo nombre de María.
Y los que habitan junto al ancho Nilo,
Y los que al mar de Singapoor navegan,
Y los que al sueño plácido y tranquilo
Entre serpientes sin temor se entregan,

Y los que tienen su ignorado asilo
Donde los rayos de la luz no llegan;
Y los que exponen sin temblar su vida,
Acechando al leopardo en su guarida;
Todos la invocan con ferviente anhelo
Pura y sin culpa manantial de amores,
Y escribe Dios su nombre sobre el cielo,
Del iris en los fúlgidos colores.
Y el serafin al agitar su vuelo
Entre nubes de ardientes resplandores,
De uno al otro hemisferio, con fé santa
Su eterno nombre y su pureza canta.
¿Y cómo no aclamarla con ternura
Inmaculada en tierra y mar y viento,
Si el Dios cuya palabra augusta y pura
Del caos evocara al firmamento,
Y sobre el ancho caos le asegura
Con el poder de su divino acento,
Quiso probar en sér tan peregrino
La inmensidad de su poder divino?
Y la dotó de gracias singulares;
Cifró en ella su encanto y su alegría;
Que escogida y bendita entre millares
Un Dios iba á decirla ¡Madre mia!
Y la hizo estrella de los anchos mares,
Luz de su luz, aurora de su dia,
Y de su amor en el inmenso abismo
Formarla quiso de su aliento mismo.
Y al dirigir sus ojos inmortales
Sobre la augusta emperatriz del cielo,
Creada en sus decretos eternales

Libre de culpa y de mundano duelo,
Dijo en su amor: «Los coros celestiales
Reina te aclamen con ferviente anhelo;
Y pues cielos y mundos hermoseas,
En cielo y mundo bendecida seas.
La sin igual pureza de tu frente
Irradie sóla en la celeste altura,
Como del rojo sol la llama ardiente
Sola en los cielos su explendor fulgura;
Y el serafin que adora reverente
La augusta plenitud de mi hermosura,
Y que vela el divino santuario,
De mi Suprema Trinidad Sagrario.
Inclinado ante tí do quiera implore
Tu inocencia purísima y sagrada,
Y de rodillas en su amor adore
El celestial fulgor de tu mirada;
Ante tus piés sus dones atesore
La divina virtud inmaculada,
Que tuyos todos son, y más te diera,
Si más tesoros á mi diestra hubiera.»
Y el cielo enmudeció; los serafines
A tus plantas sus alas desplegaron,
Y de Salem los místicos jardines
Sus inmarchitas flores te brindaron,
Con infinito amor los querubines
Tu Concepcion divina celebraron,
Y Dios, ¡la inmensidad! de poder lleno,
Dejó los cielos y bajó á tu seno.
¡Quién como tú! Los astros y las nubes
Tu sér adoran y tu nombre santo:

Y en sus himnos de gloria los querubes
Por tí modulan su celeste canto.
¡Quién como tú, que hasta los cielos subes
A darles explendor, vida y encanto!
¡Quién como tú! Que en la region del viento
Es la pira del sol tu régio asiento.
¡Gloria á María! Su pureza cante
Cuanto tiene poder, voz y existencia;
Que aunque el mundo entusiasta y anhelante
No proclamase su divina esencia,
Para afirmarla yo fuera bastante
Mi sólo corazon y mi creencia.
¡Quísolo Dios, y fué! ¡suyo es el dia!
¡Quién como Dios que engrandeció á María!
Y la alzó con su mano creadora
Sobre la inmensidad del firmamento:
Es en la eternidad Reina y Señora;
La augusta Trinidad le presta asiento;
Dios, por amor, su excelsitud adora;
El cielo es su escabel, la luz su aliento;
Y el Espíritu-Santo con sus alas
A su dosel eterno presta galas.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UN VELATORIO.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

—

. . . Más vale morir sin hijos
que dejar hijos impíos.
Eclesiástico. Cap. XVI, v. 4.

Con la capa á lo torero,
con caireles la chaqueta,
faja verde en la cintura,
color del que bien espera;
en la boca su tabaco,
el calañés en la oreja,
en los ojos la alegría
y en las manos la vihuela,
el hijo de Juan Bizarro,
bizarro tambien en prendas,
sale ufano de su casa
en traje de gala y fiesta.
Aún las ánimas no tocan
las campanas de la iglesia,
y está por allí la villa
poco ménos que desierta,
que es el sitio triste y sólo
y la noche oscura y fresca.
Mas sin que al mozo le importe
el luto de las estrellas,
ni la soledad, que el bueno

nunca peligros recela,
una calle y otra calle
baja, sigue y atraviesa,
hasta penetrar en una
cual boca de lobo negra,
que como muchas no tiene
santo en su nicho de piedra,
ante el cual devota mano
algun farolillo encienda.
Por fortuna hácia el confin
de aquel pozo de tinieblas,
largo cual hora de angustia
ó ayuno de anacoreta,
la oscuridad desvanece
luz que radiante y serena
sale en anchurosa zona
por el portal y la reja
de una casa, iluminando
hasta la pared frontera.
Sin duda alguna allí tienen
boda, gasto ó francachela,
porque en curioso monton
los muchachos y chicuelas
cual reses en el redil
contra los hierros se aprietan.
Y en tanto que los más fuertes
audaces por ellos trepan,
dándole gusto á los ojos
con lo que la estancia encierra,
envidiosos los de abajo
les pellizcan y golpean;

y entre coces y alaridos,
luchas, zambras y quimeras,
hay empujones de á vara
y alfilerazos de á tercia;
mucho cabello arrancado
y mucha nariz deshecha;
y este baja, y aquel sube
contra corriente y marea,
con las ropas destrozadas
y con las uñas sangrientas.
De vez en cuando de adentro
cortan la infantil reyerta,
amenazando á los chicos
que huyen con planta lijera
para volver como moscas
al plato que les recrea.
Embozados y tapadas
en el zaguan cuchichean,
de donde algunas mujeres,
curiosas cual la primera,
bien tocado el pañolon
que cerviz y cuerpo vela
y hasta el rostro hace invisible
sujeto con mano diestra;
para ver con más espacio
el cancel pasan resueltas,
y éntranse la casa adentro
y van de una á la otra pieza,
y luego cual sombras vanas
como llegaron se ausentan.
Paróse el de la guitarra

al entrar junto á la puerta,
tiró léjos el cigarro,
destocóse con presteza,
y puesta el alma en los ojos
esperó con faz risueña;
que al mismo tiempo dos soles
vienen por la parte opuesta.
Así aparecen dos damas,
las dos de importancia y bellas;
sin embozo traen la faz,
rumor de crujiente seda
y para evitar tropiezos
un hombre con su linterna.
  Tendióles ante los piés
su capa de grazalema
el mozo, con desenfado
diciendo de esta manera:
—La humildad de este tapiz
con sus pasos enaltezcan,
que quien les rinde la capa
rindióles ya las potencias.
  Despues de dudar un punto
si aceptan ó si no aceptan,
pasó la de más edad
entre agradecida y séria;
la otra con los ojos bajos,
roja como una cereza,
y en la improvisada alfombra
fijando la planta apénas.
—¡Viva el rosal que eso cria!—
él dice, y con mano presta

alza el sombrero y la capa
que cual relicario besa.
  Los del zaguan abren calle,
el zaguan las damas huellan,
y con su guitarra en alto
pasa Bizarro trás ellas.

. . . .

  Está la cocina ó sala
como el pico de Veleta,
tan brillante es la blancura
que sus paredes ostentan.
A un lado, sobre repisa
de bien calada madera,
encendidos los mecheros
que cuatro antorchas semejan,
hay de reluciente azófar
un gran velon de Lucena,
y en el fondo blanqueado
de la holgada chimenea,
bajo cuya gran campana
se ven los de edad provecta,
un trozo de seca encina
que al arder chisporrotea;
y luz, calor y alegría
esparce con llama inquieta.
  A ambos lados de la sala
las mujeres forman rueda,
que hácia el fin de pié los hombres
apiñándose completan.
Y miéntras en el hogar

los ancianos se calientan,
y hablan del tiempo presente
y de las pasadas eras,
de la guerra del francés
y de las civiles guerras;
y comparan y suspiran,
y luego echándole tierra
al pasado que murió
vuelven al tiempo, y la siembra;
y á si el barbecho fué malo,
y á si la bina fué buena,
la gente moza murmura
que la funcion no comienza.
Y entre guiños y sonrisas,
plácemes y enhorabuenas,
este requiebra á una jóven,
el otro pisa á una vieja,
aquí se miente una historia
que allá se abulta y comenta;
que está allí, como acontece
donde muchos se congregan,
la juventud con sus sueños,
la vejez con su experiencia,
y la envidia y la maldad
con sus viperinas lenguas.

. . . .

¡No hay cuadro alguno sin sombra
ni humano goce sin pena!
Por eso en próxima estancia
de angustia indecible presa,

junto á una cuna vacía
á una mujer se contempla:
que en el frontero aposento
vestido de ricas telas,
yace el que fué su esperanza
en túmulo de inocencia.
¡Allí está, cándido niño
entre flores y entre velas,
las manecitas cruzadas
con un lirio blanco en ellas,
cubierto con blanca gasa
el rostro cual blanca cera!
Alguna mujer anciana
junto á la triste se sienta,
diciéndole con razones
que ante su dolor se estrellan,
—Por el adulto que muere
se llora, se dobla y reza,
más por el niño, hija mia,
ni se llora, ni se ruega:
que el cielo un ángel recibe
si un niño la tierra deja.
¡Si eres de cristianos viejos,
si vienes de buena cepa,
¿por qué ha de enojarte el gozo
de los que al ángel festejan?
¡Si así des que el mundo es mundo
se hizo en lugares y aldeas,
¿quieres tú, como los ricos
que en las ciudades imperan,
donde los usos son otros

si son unas las creencias,
que se conozca que el niño
hácia el trono de Dios vuela,
¡tan sólo en que á gloria toquen
las campanas de la iglesia!
—Si era el hijo de mi alma,
la triste madre contesta,
sol á cuya luz vivia,
carne de mi carne mesma;
¿cómo he de mirar sin llanto
que se lo coma la tierra?
Canten y celebren otros
que en un ángel se convierta;
pero á la que pierde un hijo
dejadla llorar sin tregua,
¡que hasta la Vírgen lloró
porque tambien madre era!

. . . .

Sintióse en esto en la sala
murmullo de gente nueva,
y dando la del sermon
otro giro á su elocuencia,
dijo, poniéndose en pié
y alargando la cabeza,
para ver por qué los grupos
se separan ó condensan;
—Vamos, que tienes ahí
a flor de la villa entera;
la casa está como un oro,
las chicas como azucenas,

y vienen como tres astros
Bizarro y las alcaldesas...

. . . .

Rompió en valiente rasgueo
la bien templada vihuela,
y un mozo llamado el Duque,
no porque título tenga,
sino porque á los de Frias
un tiempo sirvió su abuela;
despues de cantar al niño
una sentida playera,
de su propia inspiracion
terminó con esta letra:
—No lloremos por el niño
que vino al mundo á sufrir,
y ántes de saber qué es pena
ha muerto para vivir.
Aplaudieron el cantar,
sonaron las castañuelas,
y el bailador más garrido
con gallarda gentileza
ante las recien llegadas
pone una rodilla en tierra.
Levantóse la más jóven,
y en verdad que es hechicera,
de árabes y ardientes ojos,
de faz un poco aguileña,
trigueñita, sonrosada
y aunqe no muy alta, esbelta.
Breve pié, breve cintura,

breve boca y largas trenzas
en la cerviz recogidas
como corona ó diadema.
  Lleva tornasol el traje
y de tul la pañoleta,
los pendientes de coral,
junto al rodete diamelas
y al cuello una cruz de oro
en dos hilitos de perlas.
Apénas se puso en pié
cantóle con gracia extrema;
y trinos de ruiseñor
quien la guitarrra puntea:
—En toda la Andalucía
hay joya de tu valor,
ni amor como el que te tengo
en cuanto cobija el sol.—
  Antes que la postrer nota
de aquel cantar se extinguiera,
cantó otro mozo de chapa
con la altivez del que reta:
—Hásme herido de tal modo
que la muerte es mi vivir;
págame el daño en amores
ó no respondo de mí.—
  Calló, y saludando al punto
la jóven á su pareja,
volvió á su sitio y cantó
con dulce voz de sirena
miéntras otra bailadora
á su compás da la vuelta:

—Solo un cuerpo tiene el alma,
sólo una vida la flor,
una palabra los reyes
y un dueño mi corazon.—
A este cantar que llevaba
dos intenciones diversas,
sintió el que amores pedia
envidia, rabia y vergüenza.
Que vió pintarse en los ojos
del que toca la vihuela,
como el cielo en manso lago
la dicha que el alma llena.
Y otros bailan y otros cantan
con preguntas y respuestas,
hasta que el refresco traen
en anchurosas bandejas.
Sácanlas sobre los brazos
que con el peso retiemblan,
tres muchachas de ojos negros,
cuerpo airoso y tez morena.
Para servirlo se han puesto
toda su gala y riqueza;
zapato de cordoban,
jubon negro y blanca media,
saya cortita de indiana,
pañuelo con lentejuelas,
el moño de picaporte
y sobre la sien izquierda
un clavel, y el cuello preso
en gargantillas de cuentas.
Sus pañizuelos las madres

sobre las faldas despliegan,
que nunca estuvo de más
la pulcritud y limpieza.
Los mancebos se adelantan
y sirven de las bateas
con las tortas de Motril,
los piñonates de Orbera,
polvorones de Moron,
y mantecados de Teba,
ligeros roscos de Loja,
y del pueblo en que se encuentran
dulces secos y bizcochos
con rasolís y mistelas,
y para los padres graves
cosas de más consistencia,
con lo más añejo y caro
que se guarda en las bodegas;
que el padrino paga, y hace
los honores con grandeza,
y es hombre de mucho rumbo
al par que de mucha hacienda.
Todo en la sala es contento
broma, gracejo y belleza,
y aunque se dice que alguno
en faz salió de contienda
con un infierno en el alma,
que infierno los celos crean;
todos de amor ó esperanzas,
dan ó reciben finezas;
todos en la casa olvidan
que tienen la muerte cerca,

que el pasado es un suspiro,
el mañana oscura niebla,
relámpago lo presente
y humo que huye la existencia.
Todos olvidan...
No todos:
de angustia indecible presa,
con el llanto en las mejillas
y en el alma la tristeza,
junto á la cuna vacía
la pobre madre aún se encuentra,
y á par suyo el tierno esposo
aunque con dolor, sin queja;
—Mujer, le dice, no llores,
que el corazon me laceras.
Si á Dios llevarse le plugo
de nuestro querer la prenda,
Dios que de todos es padre
¡sabrá por qué se la lleva!
Y estrechándole las manos
que siente en las suyas yertas,
sigue, miéntras los del baile
ni les miran ni recuerdan,
que dolor que no nos duele
pronto se olvida ó desprecia.
—¿Quién sabe lo que á ese niño
guardaba la suerte aviesa?
¡Si ora vestido de luz
á Dios por entrambos ruega,
no llores!... Y el triste calla
que honda congoja le asedia,

y á otro lado vuelve el rostro
por que llorar no le vean.
Dando principio al desfile
las que llegaron postreras
se alzaron, que ya dos veces
con aire de confidencia
la madre dijo á la hija:
—Vamos, que tocó la *queda*,
y madrugar es forzoso
que tempranito le entierran.
Y llegando á la que llora
la acarician y consuelan,
y con Bizarro, que pide
para acompañarlas venia,
salen; toma la guitarra
el Duque, hiere sus cuerdas
y á la rosa y al capullo
la despedida les echa:
quedando en el velatorio
hasta que el sol amanezca,
las madres con tanto sueño
que á su pesar cabecean;
con su bien ó su esperanza
las casadas y doncellas;
los chispos con unos ojos
que como fraguas chispean,
y el canto, el baile y la dicha
entre la muerte y la pena...
Iba el del farol delante
con la luz que crece y mengua;
detrás Bizarro y las damas

en plática placentera;
cuando de pronto una mano
asió al mancebo con fuerza,
y apartándole unos pasos
un hombre, en la sombra densa
así le dijo, con voz
aunque amenazante, queda:
—¡No ha de gozar tus amores
quien por tu amor me condena,
y pues eres tan dichoso
toma, y ventura completa!...
—¡Dios me asista!—clamó el mozo
y herido cayó en la arena.
—¡Socorro!—gritan las damas;
¡Socorro!—y lívidas, trémulas
ambas corren al herido
que alumbra el de la linterna.
A las voces, en tropel
todos salen de la fiesta,
—¿Quién te ha herido?—al triste dicen,
y él con cristiana entereza
—Yo le perdono—responde.
Y ántes que más sangre pierda,
con las capas sus amigos
forman lecho á dó le llevan,
en tanto que el traidor huye
al carrascal de la sierra.

¡Guay si los dos tienen madre!
¡Plegue á Dios que no la tengan!
¡Guay de la que al mal herido

entrar mire por sus puertas!
¡Guay de la que al criminal,
como á perseguida fiera,
en el sueño y la vigilia
mire por montes y breñas
con la mano tinta en sangre
y la culpa en la conciencia!
¡Oh, cuanto mejor entónces
valido á entrambas hubiera,
que cuando el niño gozaba
de las caricias maternas,
á gloria por él tocasen
las campanas de la Iglesia!

MARIA MENDOZA DE VIVES.

LA VIDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA TERESA ARAGON.

I.

¿Qué es la vida? Una cadena
De frágiles eslabones,
Llena de amor, de ilusiones
Y de desencantos llena.
Un dolor que no declina,

Un placer que se evapora,
Una ficcion que enamora,
Una verdad que asesina.
Cuando atormentarnos quiere,
En confundir se complace
La bella ilusión que nace
Con la esperanza que muere.
Así, en triste alternativa,
Ya llorando, ya riendo,
Va la existencia corriendo
De la muerte á ser cautiva.

II.

Las hojas de un album son
Rayos de un sol que refracta
Con precision bien exacta
Las luchas del corazon.
Aquí un hermoso paisaje
Lleno de melancolía,
Allá un himno de alegría
O un grito audaz de coraje.
Y en la página siguiente
Junto á la endecha de amor,
El canto desgarrador
De un excéptico demente.

III.

Carcajadas y sonrisas,
Lamentos, quejas, suspiros...

Vagando en revueltos giros
Van á merced de las brisas.
Y extendiéndose en tropel
Por los ámbitos del mundo,
Ora dan goce profundo,
Ora tormento cruel.
¡Ay! y en triste alternativa,
Ya llorando, ya riendo,
Va la existencia corriendo
De la muerte á ser cautiva.

ERMELINDA DE ORMAECHE.

DESCRIPCION DE LAS RIAS

BAJAS.

Dichoso aquel que no ha visto
más rio que el de su patria.
. . . .

Cuando cansada de la lucha inquieta
A que vive sujeta
El alma en el bullir de las ciudades
Dirijo como el ciervo hácia la fuente
Mis pasos nuevamente
De mi pátria á las dulces soledades,

—

No voy ni á las cantábricas riberas
Que rebaño de fieras,
Azotan en su cólera las olas;
Ni á las sierras abruptas, sus vecinas
Donde viejas encinas
Se elevan melancólicas y solas.

—

No recorro de Orense los senderos
Los mil desfiladeros
Que surcan la grinítica montaña,
Ni á la fértil Mariña á la aldeana
La del *dengue* de grana
Pido un puesto al hogar de su cabaña.

—

Yo sé de un rinconcito de Galicia
Que bajo la caricia
De un sol digno de Nápoles ó Malta
Produce limoneros y granados
Y sus alegres prados
Con flores de los trópicos esmalta.

—

Donde el mar que es azul como el zafiro,
Con el blando suspiro
De la brisa, se riza mansamente
Como de la pasion ante el lenguaje

Palpita bajo el traje
El seno de la vírgen inocente.

—

Donde en noches profundas, estrelladas,
Las auras van cargadas
De perfumes de azahar y madreselva,
Y remeda un fantástico gemido
El trémulo chasquido
De los pinos gigantes de la selva.

—

Tiene de su celaje en los fulgores,
En sus estrañas flores,
La gracia sensual del Mediodía,
Y en sus grandes florestas, salpicadas
De arroyos y cascadas,
Del Norte la tenáz melancolía.

—

El aloes sus hojas africanas
Opone á las lianas
Que le ciñen de blancas campanillas,
Y los bíblicos nardos sus corolas
Al rumor de las olas
Despliegan de la ria en las orillas.

—

De la luna á los pálidos fulgores
Los dulces ruiseñores
Recelando la luz de la mañana
Lanzan sus trinos, sus canoras notas,
Que mece el aire rotas
Como un hilo de perlas se desgrana.

—

¡Qué es dejar con el alba el lecho blando,
Y, la costa orillando,
Ver cuajarse la mar de blancas velas,
Que á la pesca al salir de la sardina,
Como el ave marina
Van trazando en el agua sus estelas!

—

¡Qué grato cuando en calma religiosa
La tarde misteriosa
Espira entre celajes del Poniente,
Ascender por veredas escondidas
Al altar de druidas
Que á despecho del tiempo alza la frente!

—

Aquí el aura segur habrá cortado
El muérdago sagrado,
Y, ceñidas las sienes de verbena,
La galáica vírgen como un hada

Cruzó por la enramada
A la nocturna claridad serena.

—

Mi deseo á la playa me encamina,
Y sobre arena fina
Huella mi pié mil conchas caprichosas,
Y viendo como muere sesgo y manso
El mar en un remanso,
Me complazco en cojer las más hermosas.

—

O bien en tardes de huracan y bruma
Reventando en espuma
Oigo la voz de los abismos grave,
Viendo de la tormenta que la azota
Huir la gaviota
A posarse graznando en una nave.

—

Veo desnudos los robustos brazos,
Entre redes y lazos
Cojer al simple pez los marineros,
Y con gritos de júbilo, arrancados
De los centros salados,
Amontonar los pobres prisioneros.

—

Del pescador el inocente hijuelo,
Revuelto el rúbio pelo
Con rostro que tostó brisa marina,
Trémulo de ansiedad, con faz risueña
Parece allí en la peña
Una estátua de bronce florentina.

—

Con leve planta y vivo movimiento
suelta la trenza al viento
Cruzan por los extensos arenales
Las hijas dela costa, en cuyas venas
De griega sangre llenas,
Una sávia febril corre á raudales.

—

Su vida, en Portonovo, solitaria
Se pasa sedentaria
Labrando encajes y soñando amores,
Y, como piensan siempre en un ausente,
Es de mármol su frente
Y faltan á su rostro los colores.

—

Yo las he visto, con sus grandes ojos,
Con sus pañuelos rojos
Que se anudan atrás á la cintura,
Mirando al mar, absortas en un sueño,

Y hallé que en su diseño
Es la Vénus de Milo ménos pura.

¿Y quien sabe si en épocas remotas
Cuando las griegas flotas
Vinieron á abordár á estos lugares
El modelo que fué de Praxiteles
No huyó de sus cinceles
Y alzó aquí sus domésticos altares?

—

¿Y por qué nó? De su inmortal belleza
aquí Naturaleza
revela los misterios seductores,
y una corriente universal de vida
parece difundida
en el mar, en las selvas, en las flores.

—

Se percibe el secreto movimiento
del gran renacimiento
que está incesante renovando al mundo
y activo aún en la nocturna calma,
habla el paisaje al alma
con verbo elocuentísimo y profundo.

—

Si en la arena abrasada del desierto
como en el polo yerto
Dios anima la nieve y las llanuras,
¡cuanto en el deleitoso panorama
le siente el que le ama
de los mares, los montes y espesuras!

—

Tanto diverso cuadro que me encanta
el himno son que canta
á su gloria la tierra, el mar, el cielo,
y surge, al espectáculo imponente,
más hondo y más ardiente
de comprenderle el infinito anhelo.

Emilia Pardo Bazan.

¡NAUFRAGAN!

—

Es un mar hondo, muy hondo,
De superficie brillante,
De corrientes que parecen
Sobre perlas deslizarse,
Por sus límpidos reflejos;
¡Pero es de cieno su base!

—

Surcan ese mar inmenso
Una multitud de naves;
Llevan blasones y orgullos
Como seguro blindaje
Para no hundirse en el fondo,
¡Y van al fondo á estrellarse!

—

Pues aunque de orilla á orilla
Esa inmensidad traspasen,
Los navìos corazones
Del mundo sobre los mares,
¡Zozobran en desengaños,
Bogan sobre vanidades!

Sofía Perez Casanova.

DOLORA.

—

En el triste cementerio
á un gusano oí decir:
Bien hayas, muerte, bien hayas,
Pues que yo nazco de tí;
Al par que en alas del viento
Un suspiro sollozó:

Vida del placer mal hayas,
Que al nacer tú, muero yo.

SOFÍA PEREZ CASANOVA.

CANTARES.

AUSENCIA.

Los que ya cuentan los años
dicen que la vida es corta,
á mí me parece larga
porque ya cuento las horas.

LO QUE SÉ.

Me pides á mí cantares
y cantares no sé hacer,
desde que te he conocido
sólo he aprendido á querer.

LA VIDA.

La vida es solo un suspiro,
la vida es flor delicada,

una ilusion la sustenta
y un desengaño la mata.

SIEMPRE.

No hay un consuelo tan grande
como este que tengo yó
que aunque me quiten la vida
me queda siempre tu amor.

DOLORES PONCE DE LEON.

A LA PAZ.

—

No para describir rudo combate,
no la devastacion de Marte fiero
que en sangre de su hermano
tiñe la diestra del audaz guerrero.
Pulsaré del laud las cuerdas de oro,
la paz, la paz amada
celebraré en mi cántico sonoro
si el sacro númen que en mi auxilio imploro
un momento no más la galanura
me presta, y la dulcísima armonía
con que la fuente plácida murmura,

y oculto en la espesura
saluda el ruiseñor, al nuevo dia.
Que á mi sencilla condicion le agrada
más, en tarde templada,
de hermosa primavera,
tras blanca nube el sol medio velado,
ver alegre esparcirse en la pradera
el jugueton ganado
mientras al son de rústicos cantares,
la sien morena de sudor bañada
y en la robusta mano
del labrador la reluciente azada
rompe los senos de la tierra dura
y zagala gentil derrama el grano
que abundosa cosecha le asegura,
y al fulgor de la aurora, purpurino,
cuando las blancas hojas mece el viento,
y al arado se apresta el campesino,
más me complace modular mi acento
preces alzando al hacedor divino,
que relatar de un héroe el fin sangriento.
Celebren en buen hora otros cantores
lauros funestos de intestina guerra
con que discordia impía
la dulce paz de nuestro hogar medroso
ahuyenta á los horrores
con que su nombre bárbaro le aterra.
yo abomino el encono
conque con fiera saña
se lanza á la pelea
el uno y otro bando

y á nombre del derecho
el pendon de Castilla tremolando
riegan con sangre la infeliz España,
esa España que un dia
el rádio de su gloria hallando estrecho
un nuevo mundo á su ambicion abria,
que domeñó á sus leyes
el confin más ignoto
y el poderoso cetro de sus reyes
como tiembla al furor de abrego y noto
el timon de la nave combatida
por tormenta iracunda,
en las débiles manos del marino,
vimos en esa lucha fratricida
marcar el derrotero á las pasiones
sin vislumbrar el fin de su camino.
Canten otros la lucha fratricida
qne nos sumió en el luto y la amargura,
la juventud de España más florida
arrastrando á sangrienta sepultura.
El bronce centellea
más no el luto y la muerte vomitando,
que hoy alegre retumba
las cóncavas llanuras atronando
la paz dichosa de anhelada nueva
por montes y laderas divulgando.
La paz, la paz amada
que la amistad renueva
entre hermanos que ayer se odiaban fieros
y en cuatro años de lucha, un sólo dia
no envainaron ociosos los aceros,

mientras en triste duelo
la madre tierna en el hogar gemía
y la esposa infeliz, plegaría ardiente
y llorosa mirada alzaba al cielo,
al recordar que cien y cien valientes,
como la mies sin sazonar segada,
doblegaban las frentes
al golpe rudo de enemiga espada.
¿Qué armónico sonido
al nombre de la paz, que dicha esparce,
lleva el viento fugaz hasta su oido?
¿Cómo el rostro lloroso
se torna sonriente
y el suspiro medroso
ahogando en su garganta
un vítor y otro y ciento al aire lanza
y alza la altiva frente
dó irradian la ventura y la esperanza?
Ya la fornida mano
que dió al hijo el sustento
y alivió la miseria del anciano
torna al arte ferviente,
y Dios enjugará con sábia mano
del trabajo el sudor sobre su frente,
y depuesta la espada asoladora
henchido de esperanza
en alas del ingénio soberano
intrépido se lanza
á robar á la ciencia algun arcano.
El humo denso del feroz combate,
que la vida y los frutos agotaron,

no llenará de sombras la pradera;
pero en cambio, de dichas precursora,
hasta perderse en la azulada esfera
alzará sus penachos, arrogante
gentil locomotora,
uniendo el mundo con sus férreos lazos
cual colosal gigante.

. . . .

. . . .

Veinte siglos al mundo han demostrado
que no hay en el soldado
quien nos pueda igualar en hidalguía
ni en arrojo y bravura en la pelea;
que de hoy más en la lucha
de la ciencia y del arte
la noble España sea
quien lleve del progreso el estandarte.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VELADAS DE INVIERNO.

—

¡Adios veladas de la infancia mia,
noches de amor, no volvereis jamás!
Las que pasé á las plantas de mi madre
dormida, junto al fuego del hogar.
Jamás, jamás las implacables horas,

que atados á su carro, sin piedad,
nos arrastran al fondo del abismo,
su carrera de muerte detendrán.
Ellas cruzan por cima de las flores,
sin ver que las marchitan al pasar,
mostrándonos la imágen de la dicha,
corren gritando siempre ¡más allá!
y nos arrastran por floridas sendas
que nunca volveremos á pisar.
Aún recuerdo las horas de mi infancia,
más dulces porque nunca volverán.
Ya se rompió el hogar y las veladas
que huyeron á su luz no tornan más.
Náufragos restos del bagel perdido,
que á la playa arrojó la tempestad,
somos dos aves que el sagrado techo
de la vejez cobija, en su orfandad.
Planta sin flor junto al marchito sauce,
mi pobre juventud pasando vá,
vivo de la esperanza y los recuerdos,
y más bien que vivir esto es soñar.

—

Cuando bajan las sombras de la noche,
en torno del brasero de metal,
do, cual roja pirámide de oro,
arde el fuego sagrado del hogar,
alredor de una mesa, nos sentamos,
do á Dios nuestras plegarias se alzarán,
do en los libros, herencia de los génios,

la luz mi inteligencia buscará:
que, si es templo el hogar de la familia,
la mesa sobre el fuego es el altar.
Arde la blanca llama de la lámpara,
prisionera en su cárcel de cristal,
las sombras de la blanca porcelana,
cual un crespon, á suspenderse van
del techo, donde, en medio de las sombras,
se vé un rayo de luz, juguetear:
una estrella parece en las tinieblas
la luz que sube en cándida espiral.

—

El libro abierto, de las santas vidas
la frente de la anciana va á besar;
quizás vencida al peso de su nieve
la marchita cabeza inclinará

—

Todo es silencio y calma en torno mio,
y en medio de la densa oscuridad,
sólo velan las luces de mis ojos,
la lámpara, y el fuego del hogar.
Rueda á veces la lluvia en los cristales,
ó medroso retumba el huracan,
y del reloj, se escucha imperturbable,
el corazon de acero palpitar;
ó á veces un gemido, con que anuncia
que vá á vibrar su lengua de metal:

parece que suspiran sus entrañas
por las horas que dejan escapar.
El anunció que un año se apagaba
sin combate, ni luz, ni tempestad,
y que otro se engendraba en sus sonidos
¡Dios sabe para mí lo que será!
¿Las abrasadas noches del Estío,
á acariciar mi frente volverán?...
¿Vosotras, noches de tranquilas horas,
que tan largas parecen á mi afan,
volvereis otra vez á mi camino,
solitarias veladas del hogar?
¡Quizás las que hoy lamento desgraciadas
mi corazon un dia envidiará!
¡Tal vez llorando evocaré las sombras
de estas noches que nunca volverán!

BLANCA DE LOS RIOS.

TU NOMBRE

—

(MADRIGAL)

Soñé contigo en dulce desvarío,
y despierta á los rayos matinales
escribí con el dedo en los cristales

tu nombre sobre gotas de rocío.
Y al desgarrar el congelado velo,
á la lumbre del sol, ví, cielo mio,
que era tu nombre azul el mismo cielo.

BLANCA DE LOS RIOS.

AL RECUERDO.

Sublime emanacion del pensamiento
que en vuelo presuroso,
llevas al alma plácido contento,
amable sentimiento
que de tiempo dichoso
presentas el dulcísimo momento.
Recuerdo celestial, ¡bien de la vida!
hoy con respeto mudo
y por hondo pesar extremecida
á tu influencia acudo;
déjame una memoria, muy querida,
y en éxtasis de amor, yo te saludo.
¡Sentimiento ideal! tu eres la gloria
si ofreces á la mente
de dichas que pasaron la memoria;
tú el prisma refulgente,
tú la palma explendente
que el corazon anhela en su victoria

Bello cristal de mágica hermosura,
donde reflejas con afan prolijo
la imágen dulce y pura
que nos cierra cruel la sepultura
del adorado hijo
que en la tierra formó nuestra ventura.
La de la tierna madre, que amorosa,
velaba nuestra cuna;
la del esposo fiel, y la donosa
juvenil y graciosa
del amante, que en plácida fortuna
ausente vive de su amada hermosa.
Tú llenas de placer los corazones,
con imágenes puras y halagüeñas,
creas las ilusiones,
y acrecientas al par las emociones
con ideas risueñas
y á veces con terréficas visiones.
Tú del pasado trasparente espejo
que olvido no mereces,
luminoso reflejo
que el entusiasmo acreces,
si en el mar de la duda estás perplejo
en óptica ilusion te desvaneces.
Tú, del crímen feroz reproche mudo,
de la conciencia acusador terrible,
que borrarte no pudo
de su alma torva el delincuente rudo,
cuando el pecho sensible
hizo de tí, su generoso escudo.
Tú, que llevas el bien, el mal, la risa,

el dolor, el placer y los tormentos;
que con una sonrisa
presentas á la vez mil pensamientos
y en el alma indecisa
grabas los más amargos sentimientos.
¡Tú, recuerdo inmortal, luz peregrina!
que inflamas el espíritu potente
con llama purpurina,
¡Oh! ¡génio del pasado omnipotente!
Ven, enciende en mi mente
con el fuego ideal que en tí germina.
Génio de las tinieblas misteriosas,
si te rechaza el criminal impío,
yo reclamo tus auras luminosas;
ven al corazon mio
y graba en él las horas deliciosas
que me arrancára el huracan bravío.
¡Recuerdo celestial! ¡Bien de la vida!
hoy con respeto mudo,
y por hondo pesar extremecida,
á tu influencia acudo;
déjame una memoria muy querida
y en éxtasis de amor, yo te saludo.

Faustina Saez de Melgar.

LA ROSA DE INVIERNO.

—

Flor que para dar consuelo
Estás en el campo sola,
Sin que te causen recelo
Esos témpanos de hielo
Que te sirven de aureola,

Flor comparable á la estrella
Que nos infunde alegría
Cuando entre nubes destella
Y nos parece más bella
Si es la nube más sombría.

Tú, cuyo manto de grana
Nos causa tanto placer,
Enlazando, flor galana,
Las promesas de mañana
Con los recuerdos de ayer.

Llena el alma de tristeza
Vine á contemplarte yo,
Y me dice tu belleza,
Que duerme naturaleza,
Pero no está muerta, nó...

Y con voz imperceptible

Estás diciendo tambien:
«Para Dios no hay imposible
»Junto al rigor más terrible
»Hace que florezca el bien.

»Seca el llanto de los ojos
»Eleva tu pensamiento
»Que si yo nazco entre abrojos
»Entre lágrimas y enojos
»Podrá nacer el contento.

»La dura cerviz humilla
»Y ten en Dios confianza,
»Que una humilde florecilla
»Bien puede á un alma sencilla
»Dar consuelo y esperanza.

¡Bien haya, flor tu destino,
Bien hayas tú que naciste
A la orilla del camino
Para consolar al triste
Y alentar al peregrino!

Guarde tu púrpura el cielo
Y luzca en el campo sola
Sin que te causen recelo
Esos témpanos de hielo
Que te sirven de aureola.

MICAELA DE SILVA.

A EL.

—

¿Por qué dejas en rápida carrera
volar al enfermizo pensamiento,
cómo cruza florestas y llanuras
el soberbio bridon que rompió el freno?
Deténle por favor: deténle un punto...
apaga ya, su devorante fuego,
y separa los ojos de la tierra
para elevarlos al radiante cielo.
¿Sabes tú quien soy yo? ¡No, no lo sabes!
no lo sabes sin duda, que á saberlo,
de mí hubieras huido presuroso
cerrándome las puertas de tu pecho.
Yo soy un sér desamparado y débil
que abriga los contrarios sentimientos,
de las dulces palomas de los valles
y del bravo leon, rey del desierto.
Soy fantástico sér, que cruza el mundo
siempre del mundo y sus miserias léjos
y que siente bramar á las pasiones,
con borrasca sin fin, dentro del pecho.
Un sér que poco de la vida sabe
que eleva triste su mirada al cielo,
que busca un *más allá*, que no lo encuentra
y mezcla la sonrisa á los lamentos.
Ya inmoble y silenciosa, ya ligera

como las alas que despliega el viento,
cuando las copas de esmeralda oréa
del alto pino, y del ciprés enhiesto.
Eso soy yo; ni á las demás mujeres
me asemeja mi altivo pensamiento,
ni entiendo nada de su vida estéril,
ni sus virtudes negativas quiero.
Quien me llega á querer, jamás me olvida;
yo soy la sombra del amor postrero
y alguno que me amó, dejó su juicio
de la locura, entre los negros velos.
Yo soy de los afectos más contrarios,
logogrifo sin copia y sin modelo;
casta y apasionada á un tiempo mismo,
mezcla de nieve y devorante fuego.
Móvil como la mar, mi fantasía,
ora se mece en cadenciosos ecos,
ora en montañas de rugiente espuma
quiere escalar el impasible cielo.
Llevo en el alma, como esencia propia,
un himno dulce, melodioso, eterno,
el himno de la santa poesía
que ha sido para mí, el amor primero.
¡Yo busco un más allá; con ansia loca
me consumo en inútiles esfuerzos
y en cuanto toco de la humana vida,
sólo encuentro vacío y desaliento!
Dióme ingrato el amor amargas horas;
bañé sus flores con mi llanto acerbo
y el ídolo que ciega engalanára
en polvo víl le contemplé deshecho.

¿Qué de este herido corazon esperas?
ya no es el alma triste blando lecho
de dulces y risueñas ilusiones,
de inmaculados y amorosos sueños.
Incrédula las penas de la vida
aún en edad bien corta me volvieron,
y sentada á la orilla del camino
ya nada pido al mundo, nada espero.
¡Ya ansío que mi rubia cabellera
la nieve cubra del helado invierno;
que el oro de mis rizos, sea plata
que mármol sea, mi candente seno!
¡Ya ansío que el imán que se desprende
del alma mia, se convierta en hielo;
ya no quiero atraer más corazones
hácia mi corazon helado, yerto!
¡Aléjate de mí; loca tarea,
es querer avivar el débil fuego
que envuelto entre cenizas se conserva
en el triste recinto de mi pecho!
¿Quieres que brote la gigante hoguera?
¿Ansías ver su resplandor inmenso
y hacer saltar la enrogecida llama,
para huir á las luces del incendio?
¡Triste fuera tu hazaña! Yo vencida,
víctima fuera de quebrantos nuevos;
pero tú vencedor, por toda gloria
el dardo llevarias en el pecho!
Porque siempre mi sombra entristecida
agitaria tu intranquilo sueño,
y de mi lloro inagotable y triste,

te llegarian los dolientes ecos.
¡Aléjate de mí! ¿de qué te sirve,
mostrar al alma el horizonte nuevo
do brilla el sol resplandeciente y puro,
donde amor y entusiasmo son eternos?
Aléjate de mí; sé tú el más fuerte;
haz que por siempre ya nos separemos;
á tí te esperan dichas, más la mia,
sólo puedo encontrarla ya en el cielo!

María del Pilar Sinués.

EL MAR.

¡Oh! ¡Qué bello es el mar! exclama el hombre,
lleno de admiracion y de respeto,
cuando de Dios en la potente mano
el rayo aterrador está sujeto!
¡Cuando la tempestad se halla dormida,
cuando el fragor del trueno
calla, y sobre la espalda poderosa
de ese leon en calma,
como cisne sereno
cruza las ondas de apacible lago,
marcha el bagel y el rudo navegante,
mirando cual tachona
un número infinito

de chispas de diamante
el azulado espacio,
que sirve á los querubes de palacio,
plácido canto de esperanza entona!
¡Oh! ¡Qué bello es el mar! repite el hombre,
cuando en mil copos de rizada espuma
las olas bullidoras
bordando van la playa de zafiros;
cuando suaves suspiros
del blando murmurar de brisa leve
brindan placer al alma
y el corazon se mueve
en dulce, tierna y regalada calma,
contemplando del cielo la hermosura
libre el ánimo fuerte de pavura!
¡Oh! ¡Qué bello es el mar! cuando escondi-
en sus oscuras y profundas grutas [dos
están los vendavales adormidos,
y el cielo trasparente
deja que de la luna
los plateados rayos
iluminen suaves
la silueta gentil de esbeltas naves!
¡Oh! ¡Qué bello es el mar! cuando la aurora
entre vellones de zafiro y grana,
á las blancas espumas que colora
con sus ricos matices engalana!
¡Oh! ¡Qué bello es el mar! cuando en la tar-
sirve de espejo á las doradas nubes [de
y ofrece al sol un lecho de esmeralda,
y de la roca en la pelada cumbre

mira de frente el águila altanera
su roja, viva y encendida lumbre!
Que siempre es bello el mar y su belleza
hace pensar de Dios en la grandeza.

—

Mas ¡ah! que si los truenos bramadores
hinchan de sus entrañas el abismo;
si de negro crespon visten las nubes
el gigantesco espejo en que Dios mismo
refleja su poder; si destructores
surgen los rayos y su vivo fuego,
iluminando de la noche oscura
las sombras pavorosas
las hace más oscuras y medrosas:
si las terribles mugidoras olas
en montañas de espuma se levantan
y su estridente grito.
desafíar parece al infinito,
entónces su fiereza
es más grandiosa áun que su belleza,
¡Ruge el leon, y crespa la melena
muestra tendida la sangrienta garra,
la pupila encendida,
la roja fauce abierta;
la ira soberana hincha su pecho,
y se revuelve y brama
y de víctimas mil la sangre vierte,
creciendo su furor ante la muerte.
Mas ¿qué importa

del rey de los desiertos el enojo?
¿qué su terrible grito?
¿qué su furor insano,
si por un sólo instante se compara
con el ronco mugir del Oceano?
si de las tempestades el aliento
provoca de las olas los furores;
si las olas del viento se desatan;
si rayos voladores,
cruzando los espacios,
alumbran el horror de la tormenta,
y de la mar la saña violenta;
si se contempla la arrogante nave,
roto el timon, desarbolado el casco,
sus velas desgarradas,
y cual arista leve,
ó ténue copo de ligera nieve,
sirviendo de juguete de las ondas,
subir hasta las nubes,
y en el instante mismo
hundirse para siempre en el abismo;
entónces del coloso la belleza
es tan aterradora
que al contemplarla el hombre se extremece
y con su admiracion su temor crece.
Ante la tempestad cree el ateo;
solo el poder de Dios, que es infinito,
puede calmar con su potente mano
el terrible furor del Oceano.
Sólo su voluntad omnipotente
pudo marcar la valla,

que sirve de muralla
á las mugientes olas.
Sólo él sujeta el rayo;
solo él acalla el trueno:
sólo él pudo mandar á la tormenta
que haga lugar á la tranquila calma,
y enfrenando los fieros huracanes,
y cerrando las bocas del abismo,
volver al ancho mar lago de plata,
en donde bello el cielo se retrata.
¡Grande, fiero es el mar, y su fiereza
muestra el poder de Dios y su grandeza!

Sofia Tartilan.

A LA PÁTRIA.

No voy á cantar tus glorias;
no voy á cantar grandezas
ya pasadas;
no tus ínclitas victorias;
no tus brillantes proezas
olvidadas.
Otros siglos, hijos fieles,
tu corona te ciñeron
denodados:

mústios yacen sus laureles;
de tu frente ya cayeron
deshojados.
Pobre, triste, abandonada,
llora tu amarga querella,
pátria mia;
llora, sí, mientras osada,
bajo sus plantas te huella,
gente impía.
Duerme tu leon, en tanto
que te desgarran el seno;
¡llora... llora!...
pues tu antíguo régio manto,
de sangre y lágrimas lleno
ves ahora.
Desde el Pirene escabroso
hasta la orilla apacible
que el mar baña,
¿que ofrece tu suelo hermoso
sino lucha, y lucha horrible
pobre España?
Rugió la tormenta fuerte,
las turbas se desbordaron,
en tus lares
tendió sus alas la muerte,
y en tierra se derrumbaron
tus altares.
Tuvo la Vírgen sagrada
tras de las aras divinas,
paz, contento;
y ora gime desolada

sobre las tristes ruinas
de un convento.
Cesó el cántico inspirado;
no alza el incienso su pura
blanca nube;
desde el templo abandonado
santa oracion á la altura
ya no sube.
Y mientras inícua saña
sobre cenizas tremola
sus pendones,
¡ay! tus hijos, noble España,
manchan de sangre española
tus blasones.
En el monte y en el prado,
en el valle y en la aldea
¿que se escucha?
el ¡ay! triste del soldado,
la voz del cañon que humea
¡siempre lucha!...
Tendió sus alas sombrías
la discordia tenebrosa
despiadada,
y huyeron los dulces dias,
y huyó la paz venturosa
desolada.
Yerma tus campos la guerra
cual torbellino deshecho
inhumano;
y no se labra la tierra
y hiere el hermano el pecho

del hermano...
Sangre matiza tus flores,
en contienda fratricida
derramada,
y lloran los labradores
al ver su herencia querida
devastada.
Entre los montes fragosos
donde su raza altanera
tiene asiento,
los cántabros valerosos
de rebelion la bandera
dan al viento.
Gritos de guerra lanzando
con que aquellas espesuras
se extremecen,
su viejo trono aclamando,
descienden á las llanuras
que enrojecen.
Aquí del mar á la orilla
de altivo fuerte orgulloso
sobre el muro,
pendon que al ibero humilla,
pendon de ignominia odioso,
se alza impuro.
A su sombra malhadada,
el negro crímen impera
con la muerte;
y en pirata, deshonrada,
la antigua nave guerrera
se convierte.

¡Triste ciudad sin ventura!
¡ay de tus hijos huidos
de sus lares!...
que contemplan ¡suerte dura!
por la guerra demolidos
sus hogares.
Y allá do Colon grandioso
clavó la cruz redentora
que adorára,
donde Cortés valeroso
nuestra enseña vencedora
levantára,
Pugna ¡oh mi patria! un partido
por arrojar despiadado
tu bandera
de ese mundo, que al olvido
y al ancho mar arrancado
por ti fuera...
¡Pobre España! todos quieren
hacer de tu rico manto
mil girones;
todos el pecho te hieren
¡y se mofan entre tanto
las naciones!
Vacila tu fé sublime;
cubre el porvenir oscuro
nube densa;
y el buen español que gime,
que trás ella un astro puro
se alza piensa.
¿Será verdad? ¿vendrá un dia

en que descienda á tu suelo
la bonanza?
¿será verdad, pátria mia,
que llegue á cumplir el cielo
tu esperanza?
¡Huyan, oh España, esas nieblas
que oscurecen tu brillante
limpia historia:
Dios disipe las tinieblas,
y el sol fúlgido levante
de tu gloria!

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS.

(1874).

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

¡Padre del alma! ¡Venerada sombra!
¡Santa memoria que mi mente llena!
Perdida luz que mi cariño nombra
En la infinita noche de mi pena!
Infundidme valor, prestad aliento
Al débil sér que en su dolor desmaya,
Y en el profundo mar del sufrimiento
Hallar no puede salvadora playa.
Desgarrados los piés por los abrojos
Al borde de un abismo me detengo,

Y huyendo de su horror, vuelvo los ojos
Al camino feliz de donde vengo.
¡Qué léjos miro ya tanta alegría,
Tan dulces sueños y tan gratas horas,
La ilusion que en mi frente se adormía,
Y el raudal de esperanzas seductoras
Que el paternal amor en mí vertía!
Triste desolacion, honda amargura
Reinan hoy en mi espíritu abrumado
Al peso de mi inmensa desventura:
¡Toda mi dicha existe en lo pasado,
Encerrada en estrecha sepultura
Con los restos de un padre idolatrado!
¡Padre del corazon! Tu amor profundo
No alumbra ya con resplandor divino
Mi paso por el mundo,
Ni hallo en tu frente, de honradez espejo,
El objeto mejor de mis caricias,
Y de todas mis dichas el reflejo.
¡Ay de la triste planta
Que en este suelo sin tu amparo queda!
El árbol de tu amor ya no levanta
Seguros brazos donde asirse pueda,
Y en triste soledad tiembla y se espanta.
Mi corazon, á la esperanza abierto
En otras horas para siempre huidas,
Cobarde acaso, se juzgaba muerto
Tan sólo al recibir leves heridas;
Y ¡ay! mi pena de entónces, no era pena
Junto al dolor que me conmueve ahora,
Que era un grano de arena,

Y este dolor, montaña abrumadora.
¡Por siempre te perdí! Mi vista errante
Revuelvo sin cesar en torno mio;
¡Ay! yo busco tu amor y tu semblante,
Y hallo un sitio no más que está vacío.
Hallo, sí, de tu imágen adorada
La copia fiel, de mi pesar consuelo,
Y la quiero animar con la mirada,
Mas ella queda inmóvil y callada
Y te vuelvo á buscar mirando al cielo.
¡Ay! Yo tan sólo presenciar debía
Tu cuerpo con mis lágrimas bañando,
El momento fatal de tu agonía;
Mi pobre corazon, mi pena impía
Te estuvieron no más acompañando.
Yo enjugaba tu frente sudorosa
De inquietudes mortales combatida;
Tú ya insensible á la doliente vida,
Ni sentiste mi mano temblorosa,
Ni me diste un adios de despedida.
Luego, sin voluntad, acaso ingrata,
Me dejé arrebatar de tu presencia
Cual flor que al árbol seco se arrebata...
¡Maldita de los vientos la violencia
Que troncha al árbol, y á la flor no mata!
A verte no volví; con paso incierto,
De hondo dolor sintiendo las espinas,
Entré de nuevo en el hogar desierto
Que sin tí no era hogar, sino rüinas
Que iban rodando á tu sepulcro abierto.
Tus hijos se agruparon

En tan amargas y terribles horas,
Como tímidas aves que miraron
Tronchadas ya las ramas protectoras
Del venturoso albergue en que anidaron.
Y corrieron sus lágrimas unidas,
Y en uno sólo á confundirse fueron
Los ayes de sus almas combatidas,
Como notas de un arpa que rompieron,
Y se elevan, á un tiempo desprendidas.
Tú, que ya gozas de inmutable calma,
Protege desde el cielo
A los pobres pedazos de tu alma
Que ya no amparas con amante anhelo.
Hoy, la mente alejada de la tierra,
La sien ceñida de enlutado velo,
En la adorada tumba que te encierra
Vengo á dejar las esperanzas mias,
Las páginas mas bellas de mi historia,
Mi humana fé, mis puras alegrías,
Mi noble afan, y mi modesta gloria:
¡Para alumbrar mis solitarios dias
Sólo me basta ya con tu memoria!
Yo adoro tu recuerdo inextinguible
Como en tiempo mejor pude adorarte,
Y si volverte á ver es imposible,
Es tambien imposible el olvidarte.
Aquí estoy ya, cumpliendo mi deseo,
Inmóvil, como el lecho en que reposas,
Triste, como el recinto en que me veo,
Y helado el corazon como estas losas
Que deja aquí la muerte por trofeo.

Alma que al cielo á abandonar se atreve
Otra buscando que le fué querida,
Parece algun ciprés que el viento mueve..
¡No sé como á esos árboles dá vida
Una tierra que cubre tanta nieve!
¡Deja que vierta en tu perpétuo asilo
El llanto amargo que mi vista ciega!
¡Deja que un alma que sin luz navega
De aflicciones en piélago intranquilo,
Te ofrezca ya cual último tributo
De la oracion las inmarchitas flores,
Y te cuente el caudal de sus dolores
En prueba cierta de su eterno luto!
Tal vez, sombra querida,
De mi horrible martirio la grandeza
Mirando estás con alma dolorida,
Mientras se inclina al polvo mi cabeza
En tu pecho otro tiempo sostenida.
Tal vez, cuando en la noche solitaria,
Olvidando miserias terrenales,
Elevo á Dios mi funeral plegaria
Por tus eternas dichas celestiales,
Desciendas por misterio soberano,
Sobre mi frente que el pesar marchita,
Y en ella viertas con piedad bendita
Un destello de amor que no es ya humano.
Adios... Adios... Aunque de aquí me ausento
En tu sepulcro, altar de mi ternura,
Por siempre quedará mi pensamiento.
No temas, no, la soledad horrible
De esta mansion cuyo contacto hiela,

Que mi doliente espíritu, invisible
En esta tumba sin descanso vela.
Quedan ¡oh padre! sobre el mármol frio
Que esconde tus cenizas veneradas
Y en que se estrella mi dolor sombrío,
Las huellas de mis besos, no borradas
Por el ancho raudal del llanto mio.
¡Ay! Quien los tuyos recibir no espera,
Para llorar sin trégua tu partida
Inagotables lágrimas quisiera;
Mas si ellas faltan, mi dolor no olvida;
¡Sin verter una lágrima siquiera
Yo te puedo llorar toda mi vida!

MERCEDES DE VELILLA Y RODRIGEZ.

LÁGRIMAS.

—

Tiene, así como el cielo su rocío,
Su llanto el corazon; lluvia escondida
Que brota á impulsos del dolor impío
En las gigantes luchas de la vida.

—

No sabremos quizás por qué lloramos;
Pero sí que el llorar es nuestra suerte,

Y si con llanto al mundo saludamos,
Con llanto nos despiden en la muerte.

—

¡Lágrimas, es verdad! En nuestra historia
Esa palabra se escribió por lema,
Y queda siempre, al fin de toda gloria
Llanto desolador que el alma quema.

—

Ancho raudal á nuestros ojos sube,
Que muerta la ilusion, roto el encanto,
El desengaño, cual sedienta nube,
Del mar del corazon recoge el llanto:

—

Ni áun en la copa del placer bebiendo,
Las penas de la vida han de olvidarse,
Porque en ella al beber, se está creyendo
Que puede al fin de lágrimas llenarse.

—

Ellas son la señal consoladora
Que suplica una tregua en la batalla,
Y son tambien la lluvia precursora
De la tormenta que en el pecho estalla.

—

Emblema son de amor y de ternura,
La voz con que nos habla el sentimiento,
Y son la fuente inagotable y pura
Donde sus alas baña el pensamiento.

—

La humanidad pagando su tributo,
Inunda con sus lágrimas la tierra,
Porque ellas son de la desgracia el fruto,
Como es la sangre el fruto de la guerra.

—

Lágrimas ¡ay! por el dolor creadas,
Siempre del hombre compañeras fueron;
En la cima de un monte derramadas,
La humanidad culpable redimieron.

—

Cual la luz de una tarde que declina,
Piérdese la esperanza, apénas brota,
Y sólo el sufrimiento no termina
Ni el raudal de las lágrimas se agota.

—

Ellas, que ofrecen bienhechor consuelo,
No dejarán al mundo en abandono;
Su cuna es el dolor, su pátria el cielo
Y el corazon de la mujer su trono.

MERCEDES DE VELILLA.

ADVERTENCIA.

Las poesías que á continuacion publicamos se han recibido despues de coleccionar las treinta y seis primeras del tomo, por eso no van, como aquellas, colocadas por el órden alfabético de los apellidos de sus autoras.

EN LA MUERTE

de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez
de Avellaneda.

¿Qué acento es ese, lastimero y hueco,
Que en los espacios se dilata y vuela,
Cuyo apagado, extremecido eco
Oprime el corazon, el alma hiela?
Parece de una madre desdichada,
Que el hijo de su amor, triste, ha perdido,
Indefinible exclamacion lanzada
De lo más hondo de su pecho herido:
O bien flébil sonido
Arrancado á una lira misteriosa,
Por invisible mano,
En medio de la noche silenciosa.
Gemido sobre humano,
Desgarrador lamento,
Que al extenderse en ondulantes giros
—De aura fugaz con el suave aliento—
Por la region vacía,
Remedando tiernísimos suspiros,
De una amarga y letal melancolía

El ambiente satura
Que el corazon al aspirarle apura.

¡Oid! ya más distinto,
Ya más claro resuena...
Es una voz dulcísima que llena
El anchuroso etéreo recinto...
Voz doliente, apenada,
De timbre sonoroso y argentino;
Voz en lágrimas tristes empapada,
Que sólo exhalar puede
De algun sér celestial lábio divino...
--«¡Oh! ¡ni un mortal sobre la tierra quede!..»
—¿Lo oís?... la voz conmovedora exclama—
«Que de sus turbios ojos,
De ardiente lloro abrasador torrente
No vierta ante los pálidos despojos
De la que tanto fatigó á la Fama,
Haciéndola llevar de polo á polo
Las notas de su canto prepotente;
Y á cuyo nombre sólo,
¡Hasta el alma más fria
Hervir en ella el entusiasmo siente!

El génio de la excelsa poesía,
Que dió á su lira misteriosos sones,
Que de la inspiracion la dulce llama
—Cuyo puro destello
El mismo hielo endurecido inflama—
En su mente encendió; que á sus canciones
Puso el celeste sello

De lo sublime, de lo grande y bello
Conque hiciera latir los corazones,
Hoy dobla la cabeza
Bajo el dosel de sus nevadas alas,
Y prosternado ante el cadaver yerto,
Presa de indescriptible desconsuelo,
De profunda tristeza,
Marchitas ya las explendentes galas
Que ornan su veste, y el laud cubierto
Con fúnebre crespon, acerbo duelo
Denota en su actitud desesperada,
¡Que nada puede consolarle, nada!

¡Fúlgido sol, á quien valiente canto
Su voz alzó con brío;
Palída luna que en la noche triste
Tú sola ver pudiste
Los amargos raudales de su llanto,
Y que el origen del dolor sombrío
Oculto en el ignoto santuario
De su alma grande, levantada y noble,
Tú sola penetraste y comprendiste:
De nuestra luz un rayo dulce y pio
Venid á derramar sobre el sudario
En que se envuelve su cadáver frio
Próximo á descender al funerario
Lecho de tierra, en el que á polvo leve
La humana vestitura
Conque cubrió á su hechura
El Criador, reduciráse en breve!
¡Flores, hermosas flores

Que sois con vuestros mágicos colores
Y expléndida belleza
Gloria de los pensiles,
Y heraldos que, al henchir con vuestro aroma
Las alas impalpables y sutiles
De la ligera brisa, en el idioma
Desconocido, si, pero elocuente
Que habla naturaleza
—Y solo aprende el corazon que siente,—
Proclamais el poder y la grandeza
De aquel que os dá—desde su excelsa altura—
Hechizos y perfumes y hermosura:
Doblad vuestra cerviz encantadora
Como señal de duelo!
¡Ay que la amante y férvida cantora
Que tanto os adoraba, huyóse al cielo!

. . . .

. . . .

¿No es ilusion?... ¿La parca inexorable
—Con inclemente saña—
Habrá hundido su pérfida guadaña
En el pecho entusiasta y generoso
De la sublime musa?... Perdurable,
¿Por qué no es, ¡oh Dios mio! la existencia
Del sér privilegiado y venturoso
Cuya alma inteligencia
Un rayo puro de la tuya baña?...
Más... ¡Ah! otra vez el fugitivo viento
Me trae el eco de una voz extraña,
Cuyo solemne y majestuoso acento
Algo severo é imponente entraña.

—¿Quien osa—dice—temeraria queja
Imprudente elevar? ¿A quién asusta
Tanto el fallo eternal, que al lábio deja
En nécias frases prorrumpir sin tino
Como increpando al árbrito divino?
¡Oh! ¿tanto vale ese existir menguado,
Esa vida rüin y miserable
Cuyo áspero camino
Está do quier sembrado
De erizadas espinas, que destrozan
Sin compasion el corazon humano:
Donde el mayor placer es deleznable
Sombra fugaz que de los brazos huye
Cuando más por asirla lucha en vano,
Sueño que amargo despertar destruye?
¿Qué en ese mundo los mortales gozan
Para que así su pérdida deploren,
Para que—¡nécios!—sin consuelo lloren
Cuando una criatura le abandona
Obediente al decreto soberano?...

¡Nace el hombre! tristísimo gemido
La vida al saludar, su boca exhala;
Tal vez desconocido
Presentimiento se le arranca: acaso
Prevée ya la cohorte monstrüosa
De funestos dolores
Porque ha de ser sin tregua perseguido
De su oriente á su ocaso.
Crece despues, y rápida resbala
La bella edad de su niñez dichosa;

Más ¡ay! que tiene en pós la adolescencia,
Luego la juventud: de la inocencia
El límpido cristal, negros vapores
Comienzan á empañar... Ya la conciencia
No duerme tan tranquila...
Esperanzas, deseos, ilusiones...
Sueños de amor, de gloria de ventura,
Roban su paz, encienden su pupila,
Exacerban, excitan sus pasiones,
Y le mantienen en cruel tortura.
Llega al umbral de la vejez; gastadas
Están sus fuerzas por la cruda lucha
Entónce, en su interior—¡mísero!—escucha
Una voz vaporosa que le exige
De las horas pasadas
En punible abandono,
Estrecha cuenta, y con adusto tono
Duras reconvenciones le dirige
Con que su pobre espíritu se aterra...
¿Y esto es vivir mortales?
¿Y os duele huir de tan horribles males
Como ese mundo en que habitais encierra?

¡Basta! ¡Jamás el importuno lloro
Llegue á turbar de la callada tumba
En que va á hundirse el cuerpo inanimado
De la augusta cantora, el misterioso
Silencio! El arpa de las cuerdas de oro,
Que su mano pulsó, tambien sucumba
Y á su lado repose
Para que nunca un eco quejumbroso

—Al agitarla el viento—lanzar ose!
¡Ella es feliz! de inmarcesible gloria
—Luce eternal diadema,
Que el mismo Dios, inmenso, omnipotente,
Ha querido poner sobre su frente,
De virtud y de génio como emblema;
No cual la que ceñísteís
A sus mortales sienes, ilusoria
Como el frágil laurel de que la hicísteis
Y qué, cual él, tornóse en vil escoria;
Si nó bella, fulgente, inmarchitable,
Lo mismo que su Autor, invariable!

. . . .

. . . .

¡Es verdad! ¡Es verdad! En la garganta
El rebelde sollozo
Ahoguemos con valor! Tal vez ahora
Su alma henchida de celeste gozo
Un himno tierno de alabanzas canta,
Mientras que en éxtasis divino adora
Al Supremo Señor de lo creado
Y besa humilde su sublime planta.
«¡Que el vulgo de los hombres asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
¡Más la pátria del génio está en el cielo!»

Ermelinda de Ormaeche.

LUZ.

—

De densa niebla, el pabellon flotante
envuelve al mundo entero en su capúz;
¡ay si un rayo de sol puro y brillante
á alumbrarme viniera con su luz!

—

El mundo cruzo con incierto paso
buscando de una estrella el resplandor;
buscando un sol que brille sin ocaso
y alumbre las tinieblas del dolor.

—

Y pisando del mundo los abrojos
en vano busco con creciente afan,
que si brilla una luz ante mis ojos
es la abrasante llama de un volcan.

—

Entre sombras cruzando mi camino
en vano busca el pensamiento luz...
en vano nó, que el resplandor Divino
miro del sol que irradia en una Cruz.

FILOMENA DATO MURUAIS.

LA PRIMERA CITA.

Á IRENE.

Baja á la reja esta noche
y verás lo que es canela;
que á un peladero de pava
nada en el mundo le llega.

I.

Hay sobre el amor tan varias
y encontradas opiniones,
que cuanto más se discute
se encuentran ménos conformes.
Unos le llaman abismo
y perdicion de los hombres;
otros, el mejor consuelo
de los humanos dolores.
Ya le pintan como esclavo
del interés víl y torpe;
ya generoso y sublime,
todo luz, todo ilusiones,
y aunque es verdad que se abusa
con frecuencia de su nombre,
y que de máscara sirve
á las más negras traiciones,
tambien es verdad que encierra

encantos que desconocen
los que jamás le sintieron
latir en sus corazones.
Mas sin intentar siquiera
convencer de sus errores
ni á los que infierno le llamen,
ni á los que gloria le nombren,
me limito á retratarlo
en el valle de las flores,
en la hermosa Andalucía,
jardin de la España, donde
una eterna primavera
cubre de verdor los montes
y entre celajes de oro
el ardiente sol se esconde.
Sin seguirle en su camino
que es, con raras excepciones,
igual al que en todo el mundo
por moneda de amor corre,
voy á pintarle tan sólo
en la venturosa noche
que tienen galan y dama
la primer cita de amores.
Horas por cuyo recuerdo
de puros y dulces goces,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores,
entre la ceniza fria
de las muertas ilusiones.

II.

Es media noche, la luna
esparce rayos de plata,
y las calles de Sevilla
con trémulo fulgor baña.
Perfumadas de azahares
vagan inquietas las auras,
y con suaves murmullos
entre los árboles cantan.
Ya de la Giralda altiva
las armoniosas campanas
han lanzado á los espacios
la misteriosa plegaria.
Notas cuya melodía
hiere dulcemente el alma,
saludo del dia que viene,
despedida del que acaba.
Profunda soledad reina,
todo en silencio descansa,
Sevilla entera parece
una ciudad encantada.
Mas en la acera sombría,
donde la luna no alcanza,
un galan, mientras espera;
con su impaciencia batalla.
Su noble y gentil talante
encubre la airosa capa,

cuyo embozo diestramente
la morena faz recata.
Con inquietud se pasea
y una vez y otras mil pasa
ante una reja que mira
por su martirio cerrada.
Y cual si fuera él acero
y hecha de iman la ventana,
si se aleja pronto vuelve
para de nuevo mirarla.
¡Con qué afan clava sus ojos
En la persiana labrada,
donde espera que se asome
el iris de su esperanza!
Mas como dice un adagio
y es una verdad probada,
no hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se paga,
al fin misteriosa mano,
con leve rumor, declara
al impaciente mancebo
la presencia de la dama.
Allí está muda, temblando,
conmovida de su audacia,
en su rubor tan hermosa
como espera ser amada.
Y él encantado la mira
sin hallar una palabra
entre las mil que á sus lábios
por salir juntas se afanan.
¡Qué dicha! persiana y reja

solamente les separan,
y no temen de importunos
las curiosas asechanzas.
La noche, la blanca luna,
el dulce rumor del aura,
son dichosos mensajeros
de amorosas esperanzas;
y cuando el gallardo amante
el nudo á su voz desata,
estas palabras se lleva
la leve brisa en sus alas:

—Aunque te estoy mirando
dudan mis ojos,
si se engañan al verte:
¡son tan dichosos!
¡Cuánto anhelaba
decirte lo que siento
luz de mi alma!
¿Ves cuantas estrellitas
tiene ese cielo
que extiende en los espacios
su azul sereno?
Muchas más penas
llevo por tí sufridas
sin merecerlas.
Recelos y temores
y amargas dudas,
en mi pecho tenian
eterna lucha.
Mas esta hora

me hace olvidar, bien mio,
mis penas todas.
Como á la mar el Bétis
corre sereno,
hácia tí va mi alma,
mi pensamiento.
¡Cuanto te adoro!
no se cansan de verte,
niña, mis ojos.
Pero no me respondes...
¿Por qué suspiras?
—Porque temo mudanzas.
—¡Luz de mi vida!
Esos temores
son pruebas porque pasan
los corazones.
Antes en noche eterna
la lumbre pura
del sol, ha de trocarse
con triste angustia,
que en fiel anhelo
olvide ni un instante
mis juramentos.
Pero nada contestas...
dí, ¿no me quieres?
¿podrás quizá olvidarme?
—¡Te amaré siempre!
—Y yo te juro
con el alma y la vida
ser siempre tuyo!

Y en pláticas semejantes
pasan las horas veloces,
ligando las tiernas almas
con lazos de bellas flores.
Despues... vienen desengaños
y las cadenas se rompen,
pero al recuerdo suave
de aquella cita de amores,
aunque el hielo de los años
entibie los corazones,
siempre alguna chispa brota
con encendidos fulgores
entre la ceniza fria
de las muertas ilusiones.

Isabel Cheix.

CUENTO.

—

Una niña gentil, sencilla y pura
á quien la hada Virtud patrocinaba,
del mundo en la amargura,
su noble corazon y su hermosura
eran único bien que atesoraba.
Viéndola sola al comenzar la vida,
la maga bien quisiera
darle amorosa maternal egida,

más al libre albedrío sometida
que en el humano impera,
tan sólo puede ser su consejera.
--«Un príncipe, un pastor te aman»—le dice:--
oye; juzga, y escoje: ya certera
luz á tu mente dí: ¡bastante hice!»
Grave la niña espera,
y el príncipe le habló de esta manera:
—«Yo desciendo hasta tí: divina estrella
absorto te admiré, y ardí en el fuego
del deseo que todo lo atropella
cual vívida centella
que dá luz al nacer y abrasa luego!
Oro, placer, y halago á los sentidos
quiero darte, y joyeles y brillantes,
que ostenten sus primores rutilantes
á tu hermosura expléndida añadidos!
¡Dar envidia, gozar, ese es mi emblema!
¡Tóma, ciñe de hermosa la diadema!»
—«Elévame hasta tí»—tierno decia
el pastor con afan—«Te amo de suerte
que por besar el limbo de tu falda
arrostrára feliz hasta la muerte.
Yo tejeré de flores tu guirnalda:
yo te daré el vellon de mi ganado;
fresca leche, y la miel dulce y sabrosa
de panal regalado!
¡Vivir ante tus plantas prosternado;
dar mi vida á tu amor, llamarte esposa,
es sueño realizado!
Si te aman los sentidos ¡vida mia!

más te ama el corazon: ¡tú eres mi cielo!
Trabajar para tí será mi anhelo;
¡respeto, amor, virtud, serán mi guia!»
—La niña no dudó:—«Los dos me aman»
—pensó:—«mas ¡cuán distintos sentimientos
y cuán distinto amor los dos proclaman!
¡El corazon comprende sus intentos!
¡O juguete, ó mujer! ¡Dicha modesta!
¡Vergonzoso explendor!... ¡Seré pastora!
Amor, virtud y fé con quien me adora;
¡Realidad é ilusion!... ¡La dicha es esta!

Elisa de Luxán de Garcia Dana.

LA VIOLETA Y EL SOL.

—

En lejano valle oculto
nació una violeta blanca,
allí esparce sus aromas
que el aura envuelve en sus alas.
Nació sóla y sóla vive;
casualidad, esa maga
que hace y deshace á su antojo
allí quiso colocarla.
Nunca el sol llegó hasta ella
que en diurna carrera pasa
sin que un sólo de sus rayos

temple su oculta morada.
Tan sólo un tibio arroyuelo
su soledad acompaña
que rodando murmurante
vá á perderse entre espadañas.
Por eso la pobre flor
vive á sí misma entregada,
pues que del astro arrogante
el vivo amor no esperaba.
Una tarde, la violeta
más fresca, más perfumada
que nunca, sentidas quejas
en su soledad exhala
diciendo:—¿Y he de vivir
sin amor, sin esperanza,
triste, aislada para siempre?...
¿Por qué no tengo una hermana?
¡Mejor es no haber nacido
que vivir abandonada!
Mas nó, no quiero morir
tan pronto, tan solitaria,
porque vivir es amar
y la vida es la esperanza.
Sin el sol, mi bien amado,
hasta el ambiente me falta:
si uno sólo de sus rayos
en mi alma se infiltrára
por muy dichosa me diera,
y cuán feliz si me amára!
Las quejas de la violeta
siempre el arroyo escuchaba,

y murmurador que era
y ansioso de consolarla,
convertido en débil bruma
al éter azúl se alza
y al sol refiere la cuita
de la flor enamorada.
Entónce el ástro que nunca
su luz en ella posára
la miró, y quedó prendado
de tanta modestia y gracia.
Inundóla con su luz
y su amor le dió sin tasa.
Desde aquel dia sus rayos
dulcemente la cercaban,
pues su rotacion contínua
hizo que al valle bajára.
Y como amor es la vida
y la vida es la esperanza,
la flor recobró su brillo,
su frescura, su fragancia,
que entónces todos los dias
es por el sol visitada.
Ya es fèliz, morir no quiere
que el amor llena su alma:
ya no dá quejas al viento,
el ambiente no le falta.
El cristalino arroyuelo
viéndola feliz se calla,
que tanta felicidad
como obra suya estimaba,
y por no evitar su dicha

la envidia en silencio y marcha.
Ambos amantes contentos
su mútua dicha gozaban:
él su amor le daba inmenso,
ella su esencia le daba.
Dulces las horas corrían,
rápidas para el que ama,
y el astro se despedía
de la florecilla cándida,
para hallarla á la otra aurora
más pura, más perfumada.
Mas como todo termina,
todo en tiempo dado acaba,
la pobre flor que ántes era
tan hermosa, tan lozana,
empezó á languidecer
no por falta de esperanza,
sino por exceso acaso
de ventura tan ansiada.
¡Cuán cierto es que aquello mismo
que nuestra dicha consagra
se convierte en nuestro daño!
Así es que la flor preciada
aunque el amor es la vida
y el sol la suya llenaba,
aquel amor deseado
de su muerte fué la causa.
Las auras no la reaniman,
su rica esencia no exhala,
del sol la dulce influencia
no es ya bastante á salvarla,

decretada está su muerte.
El arroyo que á sus plantas
se arrastra, como tratando
de que su frescura grata
reanime su flor querida,
ve perdida la esperanza:
pues cada vez más marchita,
más mustia, más deshojada
de su tallo desprendiose,
yendo á morir en sus aguas!

Isabel Camps Arredondo.

EL SUICIDA.

Compadeced al infeliz suicida,
respetad al vencido del dolor,
y en vez de murmurar ágria censura
decid una oracion.
Quizá como vosotros, algun dia
el porvenir sereno contempló
viéndose rodeado de los suyos,
bendecido de Dios.
Un destino fatal y omnipotente
de su felicidad le arrebató
y con mano invisible hácia el abismo
por siempre le arrastró.

Una vez junto al borde, sintió el vértigo;
quiso luchar y débil se encontró
y herido y ciego al intentar asirse
el vacío abrazó.

Esperanza Gallego y del Busto.

SOLEDADES.

—

¡Qué hermosa soledad! léjos del mundo
oyendo solo el canto de las aves
y el ruido de las fuentes, y el gemido
de las hojas mecidas por el aire.

—

¡Qué amarga soledad, aquí en el mundo
en medio del bullicio de la fiesta
sin hallar entre tanta muchedumbre
un solo corazon que me comprenda.

Esperanza Gallego y del Busto:

A NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ODA.

Junto á la hermosa córte de Castilla,
bajo su cielo azul y trasparente,
de Atocha el santuario se levanta
en honor de la Vírgen sin mancilla.
¡Ante esa imágen santa,
cien reyes han doblado la rodilla,
dándola por alfombra de su planta
trofeos y pendones,
y cien generaciones
con fé pura y ardiente
la ofrecieron sus votos y oraciones,
difundiendo su nombre venerando
de nacion en nacion, de gente en gente!

—

Como en el seco erial florido huerto,
ó el oásis de fuente cristalina,
donde apaga su sed el que camina
por la candente arena del desierto,
aquí se eleva el sacrosanto asilo
y auras de paz á todos nos ofrece;
en él descansa el corazon tranquilo
y el alma se dilata y se engrandece.
Rugen, luchando en la ciudad vecina

el orgullo, el rencor, las ambiciones,
y ante esos muros débiles se apaga
del mundo el eco vano,
y se estrella el rumor de las pasiones
en el dintel del templo de María,
como en la blanda arena de la playa
las roncas olas de la mar bravía

—

Los que gozais trayendo á la memoria,
de épocas grandes los gigantes hechos,
venid á este recinto
y arderán de entusiasmo vuestros pechos
viendo en él, agrupadas,
de Aragon y Castilla las banderas,
y el pendon imperial de Cárlos quinto.
¡Triunfantes en Granada y en Lepanto,
vencedoras doquier, jamás vencidas,
la tierra las miró muda de espanto!
¡Guiadas por María y bendecidas,
precedíalas siempre la victoria,
y el orbe recorrieron
dejando una ancha ráfaga de gloria
que los futuros siglos no extinguieron:
á la augusta señora hoy consagradas,
son cual brillantes páginas, rasgadas
del poema inmortal de nuestra historia!

—

Guarda en la suya bellas tradiciones
la vírgen celestial de Antioquía,
que el pueblo, con fé pía,
repite en sus sencillas narraciones.
Ora os referirá, cual la tormenta
cubriendo el cielo con su negro manto
coronada de rayos se presenta,
llenando á Mántua de terror y espanto:
de María invocando el nombre santo
queda el rayo en el éter suspendido;
la nube huye y no estalla;
la ronca voz de la tormenta calla;
el iris resplandece;
azul el cielo brilla;
y el sol claro aparece,
inundando los campos de Castilla!

—

Otra vez, es la peste asoladora
que el aire infesta con letal veneno;
tiembla la vírgen y la madre llora
estrechando á sus hijos contra el seno;
la muerte en el ambiente se respira;
se eleva un hondo y lúgubre gemido,
y el tierno niño espira,
con el mísero anciano confundido.
¡Llega á Maria el general lamento;
vé al pueblo que de hinojos la suplica,
y el celestial aroma de su aliento
la atmósfera infestada purifica!

¿Quién no vió las tormentas populares
rugir, crecer y levantarse airadas,
destruyendo los templos, los altares,
y á impulso de sus rudas oleadas,
vacilantes temblar en sus cimientos
altas instituciones seculares?
¿Quién no ha visto, trabada la batalla,
con qué furor las armas se esgrimian?
Al áspero silbar de la metralla
rios de sangre por Madrid corrian,
ruinas, desolacion, lágrimas, duelo,
por doquiera los ojos descubrian...
de súbito, dejando su aúreo trono
la madre del Señor, tendiendo el vuelo,
fija su planta en el sangriento suelo.
Su invisible presencia
al punto calma el fratricida encono;
cediendo á su benéfica influencia,
los que con ira ciega peleaban,
dejan caer las armas de sus manos,
y se unen y se abrazan como hermanos,
los que rencor eterno se juraban!

Tras esos dias de maldad y horrores,
otros dias mejores
debimos á sus ruegos maternales,
que atesoran sus manos virginales,
bálsamo para todos los dolores,
remedio para todos nuestros males!

Dígalo nuestra reina esclarecida
que vió, dos veces, su preciosa vida
por el puñal traidor amenazada:
el manto de María fué su egida,
y desvió su diestra inmaculada,
el brazo criminal del regicida.
Dígalo España entera,
que con amor inmenso la venera
y la aclama su augusta protectora,
A ella su honor confia, en ella espera,
é inundándola en vívidos fulgores,
la estrella explendorosa de Antioquía
la pátria de Pelayo y San Fernando,
ilesa y pura conservó la llama
de la acendrada fé de sus mayores.

—

Este es su pueblo; el que prefiere y ama;
pródiga para él siempre en favores,
paz vertiendo, rencores apagando,
hará que grande y respetado sea,
y, tal vez, que algun dia
más dilatados sus confines vea,
porque á las glorias de la patria mia,
vá unido siempre, el nombre de María!

DOLORES CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

Setiembre de 1866.

———

¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

—

ODA (1).

¡Guerra! guerra al de Islam pueblo altanero
Que nuevamente con audacia tanta,
La excelsitud del pabellon Ibero
Hollar quería con su inmunda planta:
¡Guerra al Árabe infiel! el grito fiero
Desde el Calpe al Pirene se levanta,
Narrando el lábio con tremenda furia,
Antiguos daños y reciente injuria.

Y cual tostada miés que el rayo inflama,
Si el fuego atiza el huracan violento
Por extensas comarcas se derrama
Y amenaza llegar al firmamento,
Así del pátrio amor la intensa llama
Veloz difunde el belicoso acento,
Y sube y toma cuerpo y se prolonga,
Cual la voz de Pelayo en Covadonga.

¡Oh! bien haya ese ardor! ya no es delito
El entusiasta afan del pecho hispano,

---

(1) Composicion escrita al principio de la guerra de España contra Marruecos en 1859.

Alzar ya puede sin desdoro el grito
Que revela su brio soberano,
Regenerado y por Jehová bendito
Flota el egregio pabellon cristiano,
Cual flotó del Salado en las arenas
Vencedor de las huestes agarenas.
Ya ni mote ni empresa fratricida,
De su augusto blason el brillo empaña
Y ondulante en los mástiles convida
A llevar el combate á tierra extraña;
Vuela á su pié la hueste enardecida
Que clavar jura con altiva saña,
En el Miltsin atlántico encumbrado
Nuestro pendon triunfante vindicado.
El que venció en las Navas y en Lepanto
Con asombro y terror de las naciones,
Y en Clavijo sembró muerte y espanto
Protejido por célicas legiones,
Y en el nombre de Dios tres veces santo
Extrañas greyes conquistó y regiones
¿No domará esas tribus desleales
Del desierto famélicos chacales?
Si domará, partid, partan gozosos
Los entusiastas fuertes adalides
Que heredaron los brios belicosos
De los buenos Guzmanes y los Cides,
Háganse al mar los que de prez ganosos
Ansíen los lauros de guerreras lides,
Justa es la causa, bravo el enemigo,
Extranjero el palenque y Dios testigo.
Desde estas ricas playas catalanas



A do nuestras galeras remadoras,
De las ardientes costas africanas
Pingüe botin trajeron vencedoras
Cautivas aportando á las tiranas
Y aborrecidas galeotas moras,
Desde este puerto rey del mar un día,
Partid, bravos, partid, el cielo os guía.
La Reina de los ángeles potente,
En su trono de luz, desde la esfera,
Os escuda con égida fulgente
Que satánico dardo no vulnera;
Id, venced, eclipsad la decadente
Pálida luna de la infiel señera,
Con la luna creciente que argentada
Brilla al pié de María inmaculada.
Partid, partid, las ondas procelosas
Dejan al veros su profundo seno,
Para asaltar las costas ardorosas
Do os espera soberbio el agareno;
Ya madres no teneis hijos ni esposas,
Sólo la España es hoy madre del bueno,
Aquí la pátria está, allí la gloria,
Y entre las dos tan solo la victoria.
Con el igneo motor que de la vela
Presta el impulso á la tajante quilla,
La escuadra armipotente rauda, vuela
Con la nueva cruzada de Castilla,
De cada nave en la movible estela
Reflejando fugace el color brilla
De nuestro egregio pabellon flotante,
Que parte altivo y volverá triunfante.

Así en el mar abriéndose sendero
Pronto la armada magestuosa avanza,
Cruza del *Freto hercúleo* el derrotero
Fiada en su justicia y su pujanza,
Por que al llevar al África su acero
No mueve á España tanto la venganza,
Como el dejar á la cultura abierta
De esas regiones bárbaras la *puerta.*
Ya al mirar nuestra flota embravecido
Sus cárabos apresta el moro rudo,
Ya del leon hispánico al rugido
Exhala el tigre hircano grito agudo,
Ya del bronce rayado al estampido
Que es para el Atlas lúgubre saludo,
Se extremece la extensa cordillera
Cual si el fragor del terremoto fuera.
Cunde el éco letal, la grey aviesa
Como azuzada jáuria de lebreles
Que se lanza rabiosa hácia la presa,
Entra en la lid con brios bravoneles,
La crueldad va en su semblante impresa,
La miseria en sus rotos alquiceles,
Revelando sus torpes algaradas
Lo brutal de esas hordas desbandadas.
Vedlas, cristianos, ved, como el violento
Y abrasador Simoum llegan furiosas;
Como la roca que rechaza al viento
Rechazad esas turbas impetuosas,
Y en batalla leal vuestro ardimiento
Destruyendo celadas alevosas,
Castigue esa canalla embrutecida

Deshonra de la raza Fatimida.
Como buenos luchad, morid triunfando,
Dignos los hechos de vosotros sean,
El valor de los héroes demostrando
Que por su patria y por su Dios pelean,
Como las huestes del tercer Fernando
Vuestras proezas memoradas sean
Y conozca Cartago envilecida,
Que Sagunto conserva honor y vida.
Cuando al blandir la espada vencedora
Cada paso que deis marque una hazaña,
Y lanceis con pujanza aterradora
Antiguos gritos de guerrera saña:
« ¡ San Jorge y Aragon ! »—«¡ *Via, via fora!*»
« ¡ Por la patria, *Santiago y cierra España!*»
...¡Y arrollando contrarios escuadrones,
Victoriosos alceis nuestros pendones,
Recordad, recordad que del cristiano
La santa ley impone la clemencia,
Que es el héroe más grande el más humano
Que la crueldad es signo de impotencia,
Tended piadosos la triunfante mano
Al rendido, al anciano, á la inocencia,
En el combate cébese el coraje,
Para los búitres quédese el carnaje.
Ya la lucha empezó, ya victorioso
El renombre español grande revive,
Ya el Dios de los ejércitos glorioso
Nuestros ilustres mártires recibe;
¡ Al Riff bravos al Riff ! el que animoso
Allí perece, eternamente vive,

¡Al Riff! purgad de bárbaros la tierra,
¡Santiago y cierra España! ¡al Moro! guerra.

María Josefa Massanés.

ELEGIA.

á la temprana muerte de mi querido hijo.

—

Eusebio ¡tesoro mio!
Mi consuelo, mi esperanza,
Mi ventura más querida,
Mi ilusion más adorada:
Tú que habitas venturoso
En la mansion sacrosanta,
Donde las almas no sufren,
Donde las penas acaban,
Tú que, ángel ya en la tierra,
Volaste á la mansion sacra,
Para aumentar del Señor
El grupo que más le halaga,
Suplícale cariñoso,
Ruégale, hijo del alma,
Cruzando con fervor puro
Tus manecitas nevadas,
Que al tender su extenso manto
La noche oscura y callada,
Cuando todo yace envuelto

En el reposo, en la calma,
Te permita descender
Cual nube á mi triste estancia
Para estrecharte en mis brazos
Para besarte extasiada!...
Mas no temas, hijo mio,
Que de mi egoismo en alas
Quiera impedirte que vuelvas
Dó gozas de dicha tanta;
Ni que ¡ay! dejarte anhele
En esta mansion ingrata,
Do todos regando vamos
Nuestro camino con lágrimas!
Yo, cuando en el cielo asome
La primera luz del alba,
Ahogando con mano firme
Del corazon la batalla,
Te abriré de par en par,
Mi solitaria ventana,
Y tú las alas batiendo
Volverás á tu morada.
Yo te veré del espacio
Cruzar las doradas gasas,
Sin que el llanto del dolor
Me oscurezca la mirada,
Porque el corazon abierto
Al calor de la esperanza,
Te aguardaré cada noche
De rodillas en mi estancia!

. . . .

. . . .

Mas si de dicha tan pura
Gozar no puede mi alma,
Si no es posible á los ángeles
Dejar su mansion sagrada,
Asoma tu cabecita
Entre las nubes de nácar,
Y dime para que sea
Mi pena ménos amarga,
Que gozas de una ventura
Eterna, explendente y santa,
Que darte yo no podía
En este valle de lágrimas!

DOLORES MONCERDÁ DE MACIÁ.

AGONIA.

Ni ensueños de dicha, ni loca esperanza,
Me lleva á tu reja, que sé tu desden;
Mas es el cantarte mi sola bonanza,
Creer que me oyes mi único bien.
Si el Criador al hombre
libre le hizo,
¿por qué en amor tirano
gimo cautivo?
¿Por qué con hielo
en mi pecho prendiste

volcan de fuego?
De muerte me hiere tu crudo desvío,
Gemido se torna mi triste cantar,
Mis ojos se ofuscan... ¡Bendito Dios mio
Si al pié de su reja consigo espirar!
En tu calle mañana
verás mi cuerpo;
quizá entónces me reces
un padre nuestro;
reza bajito,
que á la vida tornara
con percibirlo!

DOLORES MONCERDÁ DE MACIÁ.

Á UNA PASIONARIA.

Flor melancólica y pura
que, con señales divinas,
llevas en la frente espinas
y en el cáliz amargura.

Tú, que, en medio del vergel,
sagrado perfume exhalas
entre las mundanas galas
de la rosa y el clavel,

Deja que te acerque á mí,
y, tus hojas contemplando,
quede absorta meditando
el misterio que hay en tí.
Clavos prenden tu belleza,
cordeles ciñen tu tallo,
señal de pena y desmayo
dá tu inclinada cabeza.
Tienes pálido el color,
ciñes punzante diadema:
eres del dolor emblema
y el mirarte dá dolor.
. . . .
El calvario fué tu cuna;
testimonio de aquel dia,
en aquella cumbre fria
brotaste sin sol ni luna.
Libro eterno y misterioso
que, en doce páginas santas,
tantas verdades y tantas
nos revela silencioso:
El poder claro se ve
en tí, que Dios darte quiso
promesa del Paraiso
símbolo de nuestra fé.
Mientras el tiempo infinito
destruye con torpe afan,
hechos que escritos están
en mármol, bronce y granito;
Mientras se hunde en el olvido,
convertido en polvo vano

el explendor soberano,
del tirano aborrecido,
En tu cáliz misterioso
de Santo recuerdo lleno
del humilde Nazareno
llevarás el nombre hermoso.

. . . .

Flor que, en tu contemplacion,
silenciosa y solitaria,
elevas una plegaria
y pides una oracion.
Flor amada cual ninguna,
libre de mano profana
te contemple la mañana
y te bendiga la luna.
¡Ni al cierzo ni al aura fria
se marchiten tus primores!
¡Ni los pájaros cantores
turben tu melancolía!

ZULEMA.

LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX.

España, tú que en la lid
con tu valor asombraste
y tanto nombre alcanzaste

con tu Pelayo y tu Cid:

—

Cuya heróica constancia
contempló Roma altanera
acrisolarse en la hoguera
de la invencible Numancia:

—

Tú la de los hechos grandes
la del temible leon:
la que su triunfal pendon
clavára en Roma y en Flandes:

—

Hoy que el génio simbolizas
láuros á la ciencia dando,
más grande resucitando
cual Fénix de sus cenizas,

—

Hoy, que en debido tributo,
y en doliente desagravio,
sobre la tumba del sábio
rindes corona de luto;

—

Y tu noble juventud
en consorcio soberano
tiendes con amor la mano
al Arte y á la virtud;

—

Hoy que con nuevo blason,
unes en tu frente ufana
la corona de Quintana
al laurel de Calderon;

—

Hoy que en tronos celestiales
cercanos al gran Murillo,
aumentan tu eterno brillo
los Fortunys y Rosales:

—

Hoy que Europa rinde fiel
el laurel á tu excelencia,
vencida por tu elocuencia
cegada por tu pincel:

—

Hoy que con luz de verdad
la ilustracion te acompaña,
hoy eres más grande ¡oh España!
del Orbe en la inmensidad.

ZULEMA.

EL ATEO Y EL CREYENTE.

—

—El universo es mio, prepotente,
mi brazo se levanta,
hiende las nubes mi exaltada frente,
huella lós mundos mi soberbia planta.

—

No obedezco otra ley que mi albedrío,
ni hay más Dios que mi gusto,
libre discurre el pensamiento mio,
ignoro el miedo y el cobarde susto.

—

Ruin y desdichada criatura
que de temor alientas,
y de nécias utopias y locura
tu corazon abrevas y sustentas.

—

Tienes sed de gozar, y el placer huyes,
y lloras tu quebranto,
¡qué nécio es ese Dios, al que atribuyes,
que le enoja el placer y agrada el llanto!

—

Alma, Dios, Providencia, nombres vanos,
delirios de la mente,
conciencia, expiacion, virtud, tiranos
del cerebro raquítico y demente.

—

Resureccion, juicio, infierno, gloria,
moralidad, deberes,
consejos que entretienen la memoria
á temerosos niños y mujeres.

—

Me das lástima; ven, sigue mis pasos,
sé libre, alienta, goza,
rompe tus claros oprobiosos lazos
y verás tu existencia cuán hermosa.

—

No temas si fantásticas visiones
van en pós de tus huellas
atúrdelas en lúbricas canciones
y refúgiate al seno de las bellas.

—

Si un resto de pavor ó cobardía
te dá nécios temores,
sepúltale en el fuego de la orgía
y el espumoso hervir de los licores.

—

Sé libre al fin; sacude la pesada
carga que arrastras nécio,
el fruto de tu loca fé soñada
será miserias, llantos y desprecio.

—

—Yo libre y fuerte soy, y la extendida
tierra me dá homenaje,
y es mi nobleza tanto esclarecida
que hasta Dios se remonta mi linaje.

—

Es tan clara mi limpia ejecutoria
que ostenta por escudo de nobleza,
un destello mi alma de su gloria,
una imágen mi sér de su grandeza.

—

El que abarca los cielos anchurosos
de mi vida ha cuidado,
y súrcanme dos ángeles hermosos
que dirigen mi paso reposado.

—

Los vicios y pasiones de la tierra
conspiran de consuno en contra mia,
dan á mi corazon contínua guerra,
hiérenme con furor y alevosía.

—

Mas del cielo repiten los confines
un cántico de gloria
y publican los altos querubines
con sus trompetas de oro mi victoria.

—

Yo de la tierra las grandezas miro
indignas á mi nombre y mis desvelos,
tanto mi afan remóntase, que aspiro
á un lugar en el reino de los Cielos.

—

¿Quien es aquí el esclavo, el vil y nécio,
el miserable y loco?
Dí ¿quién merece lástima y desprecio?
Dí, ¿quién á quién ha de tener en poco?

—

Tú del acaso hijo te declaras,
de Dios hijo me llamo,
por los brutos te riges y comparas,
como el ángel, mi hermano, entiendo y amo.

—

De nobleza y virtud mi sér blasona,
llevo la luz de Dios en la mirada,
y tú miras, ¡horror! en tu persona
una bestia, no más, degenerada.

—

Esclavo abyecto y vil de tus pasiones,
juguete de tí mismo,
mis victorias de Dios los escuadrones
cantan y de furor tiembla el abismo

—

Tu término es el polvo; la conquista
de tu vida, una fosa,
de Dios mi fin la refulgente vista,
y la eternal Siom mi pátria hermosa.

—

Reconócete al fin; tu gerarquía
declara tu derecho,
y confiese una vez la lengua impía
que hay un soplo de Dios dentro del pecho.

—

Me dás lástima, ven; permite al alma
tender el ráudo vuelo,
¡verás cuánto placer, qué hermosa calma
las puras áuras le darán del cielo!

—

No temas que fantasmas atrevidas
dénte pavor ó enojos,
como niebla serán desvanecidas
con sólo al cielo levantar los ojos.

—

Si del pasado tentacion traidora,
te sigue temeraria,
más alto que su voz fascinadora
elevarás la voz de la plegaria.

—

Arroja de tu sér la baja escoria,
alza del charco inmundo,
y tu génio será la eterna gloria
y tus dias felices en el mundo.

Aurora Lista de Milbart.

BARCAROLA.

—

¡Oh! nave que surcas
las ondas ligera,
graciosa velera,
gaviota del mar;
escucha los cantos
que arranco á mi lira,
y cuéntale á Elvira
mi triste penar.
La noche es serena,
sus rayos de plata,
la luna retrata

con tíbio fulgor
y tú, navecilla,
jugando en la espuma,
no ves que me abruma
sombrío dolor.
  Dichosa mil veces
la estela brillante
que sigue constante
tu marcha en el mar;
dichosas las aves
que pueden, sin quejas,
en dulces parejas
tu vuelo alcanzar.
  Sosiega mi anhelo,
recoge tus rizos,
y dime qué hechizos
se encierran en tí,
que el pecho suspira,
que mi alma enagenas,
y gozo en mis penas
mirándote aquí.
  Deten un momento
tus velas, y atiende
al alma que enciende
volcánico amor;
detente y no bogues,
que al ver que te alejas,
sumido me dejas
en crudo dolor.
  No olvides, barquilla,
que quedo en la arena

sufriendo la pena
de amar y sentir;
no olvides mi canto,
tal vez el postrero,
no olvides que muero
al verte partir.

ROSA APARICI.

LA CONQUISTA DE GRANADA.

I.

Dividido, desmembrado,
el reino español se hallaban,
mientras gobernó aquel rey
que Enrique cuarto llamaban
mas despues por el enlace
de Isabel, su digna hermana,
con Fernando de Aragon
justo y querido monarca,
se agrandó é hizo más fuerte
la fértil y hermosa España.
Una parte á los moriscos
de ese reino les quedaba
era quizá la más bella,
tal vez la más codiciada.
Comprendiéndolo los reyes,
teniendo en Dios confianza,

decidieron al instante
con su valor conquistarla,
y en Mayo partieron juntos
á poner sitio á Granada
en la cual el jóven moro
Abul-Abdallah reinaba.

II.

La Vega, la hermosa Vega
de jardines esmaltada
donde esparcían las rosas
embriagadora fragancia,
los campos con los viñedos,
las altas moreras blancas,
los olivos, los granados
con sus flores encarnadas,
lugares bellos, tranquilos,
por los que el moro pasaba,
unos fueron ocupados
por las mortíferas armas,
fueron cortados los otros
por las destructoras hachas
poniendo allí pabellones,
banderas, tiendas galanas
que en elegancia y buen gusto
entre sí rivalizaban.
En la Vega desde entónces

hubo justas y batallas
y aventuras amorosas
donde ántes fiestas y zambras.
Las damas aragonesas
y las bellas castellanas,
que desde la capital
á la reina acompañaban,
fueron de aquellos lugares
las más seductoras plantas,
astros y flores á un tiempo
que brillando perfumaban.

III.

En la tienda de la reina,
tienda gentil y gallarda
que de la del rey Fernando
muy poco distante estaba,
sin saberse cuándo ó cómo,
sin adivinar la causa
se prendió un fuego violento
que á las tiendas inmediatas
se comunicó bien pronto
sin lograr nadie apagarlas,
y la reina decidió
porque salir no pensaba
de aquellos hermosos campos
hasta tener conquistada

esa tierra tan querida,
que otras tiendas levantaran
hechas de madera y piedra
y estas las primeras casas
fueran de aquella ciudad
que aún hoy Santa Fé se llama.

IV.

Seis meses duró aquel sitio,
seis meses y áun más durára
que eran los moros tan bravos
cual los bravos que atacaban,
si la falta de los víveres,
la triste desconfianza,
no hubiesen rendido al fin
á aquella gente esforzada.
Alentados los cristianos
á cuyo frente marchaban
sus reyes, al fin vencieron
al rey moro de Granada.
Pérdidas por ambos lados
hubo en guerra tan infausta
sensibles en unos y otros
que la sangre derramada
de moros ó de cristianos
era al cabo sangre humana,
y un viernes, el dos de Enero,

en la ciudad penetraban
los cristianos, colocando
sus banderas en la Alhambra.

V.

Conmovedora en verdad
fué aquella primera entrada
en la Ciudadela; cuando
los guerreros se acercaban
tomó en la mano una cruz
un fraile de la Orden Santa,
subió á lo más elevado
de la torre la más alta
donde arzobispos, obispos
y capellanes se hallaban,
y levantando la cruz,
porque todos la adoraran,
empezaron á cantar
con voz dulce, suave y clara
O crux ave Spes unica.
Allí el estandarte estaba
de Santiago, allí tambien
el pendon real que miraban
con amor los circunstantes
y el de la santa Cruzada,
y tres veces inclinados
ante aquella cruz sagrada

fueron los tres estandartes
que á la luz del sol brillaban.

VI.

En tanto que los cristianos
su victoria celebraban,
pensativo el rey Abul
partia á las Alpujarras.
Allí á solas, en la cumbre
del monte que Padul llaman
se paró por vez postrera
á mirar su tierra amada.
—«Ya no podré veros más,
dijo derramando lágrimas,
mis torres y mis mezquitas,
mis jardines y mi Alhambra.
Las personas que más quise
abandono con mi pátria,
puras brisas de la noche,
serenas y dulces auras
con mis suspiros llevadle
vida, corazon y alma.
Mis penas irán conmigo
á donde quiera que vaya,
mis alegrías, mis goces
se quedarán en Granada
Mientras esto el rey decia

Aixia, la altiva sultana,
preguntó á sus servidores
que tristes la acompañaban
lo que hacía Abul su hijo,
y al escuchar las palabras
de «Está llorando» exclamó
pensativa:—Muy bien cuadra
llorar como una mujer,
dejar su ciudad amada
á quien no supo cual hombre
defenderla y libertarla.»

VII.

Todo es fiesta y alegría,
todo es placer y algazara,
la ciudad de Santa Fé
á recibir se prepara
á los cautivos cristianos,
y caballeros y damas
luciendo costosos trajes,
luciendo preciosas galas,
animan con su presencia
calles, jardines y plazas.
A los reflejos del sol
que brillantes rayos lanza
como estrellas luminosas
se ven perlas y esmeraldas

que adornan ricos vestidos
azules, verdes ó grana.
Por todos lados ondean
penachos de plumas blancas
y lanzan fúlgidos rayos
armaduras, cascos y armas.
Aquí viejas regañonas
con las que algun galan habla,
allí una dama encubierta
que de no ser vista trata,
allá valientes mancebos
y doncellas recatadas,
todos están muy gozosos
y á los cautivos aguardan.
El sonido de las músicas,
los toques de las campanas
anuncian que van á hacer
los prisioneros su entrada.
Ya medio desnudos llegan,
todos los ven, los ensalzan
y ellos abrazan á unos,
á otros cuentan sus desgracias
y de regocijo, varios
vierten abundantes lágrimas.
Al lado de los cautivos
de ayer, que ya libres marchan,
va el comendador mayor
persona digna y sensata,
el mayordomo Alcunzelo
que el pueblo respeta y ama,
Teutelin, don Juan de Santos,

todos son gente esforzada
que han de guardar la ciudad
despues que los reyes partan.
Muchos frailes, muchos clérigos
á los nobles acompañan.
Llegan por fin á presencia
de los reyes, y éstos mandan
se les dén buenos vestidos
y otras cosas les regalan.
La nobleza con el pueblo
á Fernando quinto aclama
y á su dignísima esposa
de Castilla soberana.
Nunca podrán olvidar,
que no han de ser gente ingrata,
que á doña Isabel primera
le debe el reino de España
la expulsion de los moriscos,
la conquista de Granada.

MATILDE GOMEZ.

DESPUES DEL BAILE.

Hubo un gran baile ayer, sus mil encantos
nadie podrá borrar de la memoria,
la casa en que se daba era soberbia,

la sala de la fiesta suntuosa.
Hoy, se ven apagadas las bugías
que en candelabros de diversas formas
sostienen en los ángulos y el centro
esculturas de sátiros y diosas.
Cubiertas las paredes de tapices
con guirnaldas de flores y de hojas
y en las puertas los ámplios cortinajes
con escudos bordados y coronas.
Los espejos de lunas venecianas,
encerrados en tallas primorosas,
se reflejan los unos en los otros
y hacen sin fin la sala ya espaciosa.
Aún parecen vibrar ténues y vagas
del piano y del violin las dulces notas,
aún envuelve la atmósfera caliente
de esencias y de plantas suave aroma.
Aún se ven esparcidos en desórden
objetos varios por la blanda alfombra,
la flor artificial que fué el adorno
de la rizada cabellera blonda,
el lazo de la falda desprendido,
el guante blanco ó la brillante joya.

—

Y en esa misma estancia, allá en el fondo
un túmulo se eleva... Bréves horas
bastan para trocar la extensa sala
de gala ayer, en pieza mortuoria.
Negros paños de rico terciopelo,

cintas de plata, fúnebres antorchas
se ven allí y un féretro lujoso
en el que una mujer jóven reposa.
El mismo traje que lució en la fiesta
le han puesto sus amigas cariñosas;
envuelta en tules, en encaje y raso
una perla parece entre las olas.
En sus manos cruzadas tiene un Cristo,
el que su sueño protegió en la alcoba,
y el breve pié de niña, bien calzado,
bajo la falda con descuido asoma.
El cabello trenzado, largo y negro
sobre su frente una diadema forma
y en sus sedosos hilos aún conserva
los pétalos marchitos de las rosas.
Los ojos entreabiertos han perdido
su brillo, su expresion fascinadora,
y parece que cándida sonrie
radiante de placer aquella boca.
Ya se van acercando poco á poco
una media docena de personas,
convidados de ayer, que al sér inerte
lanzan miradas tristes ó curiosas
y esto piensan ó dicen en voz baja
por temor que la muerta no los oiga.
—Anoche estaba buena, eso no hay duda.
—Parecia una ninfa vaporosa:
—¿Su prometido no bailó con ella?
—¿Que si bailó? Sí tal, la noche toda.
—¿De qué ha muerto, sabeis?
—Segun afirman

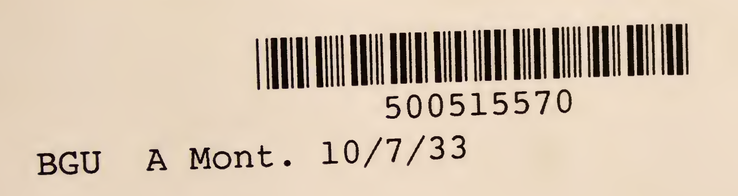
de una dolencia extraña y misteriosa.
—¡Tan jóven!
—¡Tan bonita!
—¡Tan amante!
—Y era rica.
—Y feliz.
—Sí ¡pobre Aurora!
Y una mujer que traje negro viste
al escuchar sus frases, con voz ronca
murmura, sin que adviertan su presencia.
—Vosotros la elogiais porque era hermosa,
no sabeis los tesoros que guardaba
el alma que los cielos hoy me roban.
Su prometido ¡ah! sí, bailó con ella,
¿quién lo duda? bailó... mirando á otra,
y ella mientras bailaba sonreia,
¡la reina de una fiesta nunca llora!
¡Sólo yo comprendia que su pecho
agitaba una lucha, tenaz, sorda,
de amor herido y lastimado orgullo
pena implacable que por fin ahoga!
Todos la olvidareis, yo nunca; era
mi sólo amor, mi fé, mi luz, mi gloria;
¡haced una corona de sus galas,
Dios dará á su virtud mejor corona!

Llega la noche y salen los amigos
creyendo aquella estancia dejar sola,
que el alma de la niña es invisible
y la madre infeliz vela en la sombra.

JULIA DE ASENSI.

FIN.

ÍNDICE.



ENSEÑANZA Y RECREO.

PRIMERA PUBLICACION

de esta índole hecha en España. Obra utilísima á todas las clases de la sociedad por participar tanto del libro recreativo como del libro de estudio. Contiene el primer cuaderno nueve cromos tirados á diez tintas, con otros tantos pliegos de texto, envuelto en una rica cubierta.

PRECIO:

UNA PESETA.

Se vende en las principales librerías, y se remite franco de porte al que remita su valor en sellos, libranza del Giro Mútuo ó letra de fácil cobro á la Administracion, Madrid, Leganitos, 18, segundo.

VOLUMENES EN VENTA.

	TOMOS
Romancero del Cid.	1
La Celestina.	2
La Edad Media.	1
F. L. de Leon y San Juan de la Cruz.	1
Poesías alemanas.	1
Proudhon.	1
Romancero Morisco	2
Cervántes.	1
Herculano.	1
Espronceda.	1
Goethe.	1
Larra.	2
Romancero Caballeresco.	1
Tesoro de la poesía Castellana.	5
El Diablo Mundo.	1
Dante, Taso y Petrarca.	1
Tirso de Molina.	1
Calderon de la Barca.	1
Fray Lope de Vega.	1
Zorrilla.	1

	TOMOS
Quevedo.	1
Soulié.	4
Balzac.	1
Santa Teresa.	1
Alarcon.	1
La casada perfecta.	1
Ramon de la Cruz.	1
Quevedo.—Poesías.	1
Moratin.	1
Lope, Nieto de Molina y Castro.	1
Castillejo.	1
Schiller.	1
Eusebio Blasco.	1
Víctor Hugo.	2
Poesías mejicanas.	1
Melo.	3
Campoamor.	1
Mesonero Romanos.	2
Bossuet.	1
Mirabeau.	1
Eurípides.	1
Voltaire.	1
Víctor Valaguer.	1
Escritoras españolas.	1

